ÁGORA

PAPELES DE ARTE GRAMÁTICO
Núm. 26. Boletín digital 11. Febrero 2012

Premios Ágora-Andrés Salom 2011
ANTOLOGÍA

ÁGORA
PAPELES DE ARTE GRAMÁTICO
Núm. 26. Boletín digital 11
FEBRERO 2012

Co-directores:

Fulgencio Martínez

Francisco Javier Illán Vivas

Colaborador informático:

Javier Israel Illán

Portada: AINA ALBI

Licenciada en Bellas artes por la Universidad de Barcelona. Trabaja como ilustradora freelance. Ha publicado en revistas como *Dones periodistes* y *Código 84*, y participado en varias exposiciones colectivas y en el salón del cómic de Barcelona.

Los textos publicados en *Ágora* son inéditos (salvo indicación expresa) y su *copyright*, así como el de las ilustraciones, es propiedad de sus autores. *Ágora* no se responsabiliza de las opiniones expresadas por ellos. EL TITULO, DISEÑO Y CONTENIDOS DE ESTA REVISTA ESTÁN PROTEGIDOS LEGALMENTE: LOS TEXTOS E ILUSTRACIONES NO PUEDEN SER REPRODUCIDOS EN OTRO MEDIO SIN LA AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES DE LOS MISMOS.

Caesar non est supra grammaticos

EDITA: Taller de Arte Gramático

Depósito Legal: MU-0195-998 ISSN: 1575-3239

CONTACTO: agora@emurcia.com

La revista impresa puede adquirirla solicitándola en nuestro email de contacto, o a través de la librería Diego Marín (www.diegomarin.com) o en librería González Palencia (tno. 968 201443, e-mail: gonzalezpalencia@diegomarin.com), o en www. nausicaaedicion.com

BLOG de la revista, realizado por Francisco Javier Illán Vivas:

http://agoralarevistadeltaller.blogspot.com

Cómo publicar en *Ágora, papeles de Arte gramático*:

http://agoralarevistadeltaller.blogspot.com/2009/10/como-colaborar-en-agora.html.

Si desea recibir la revista en su e-mail, o suscribirse a la revista impresa, escriba a nuestra dirección de CONTACTO.

SUMARIO

PORTADA Aina Albi. “Flyng Fish”.

5 **A NUESTROS LECTORES**

6 **PARTE 1ª**

7 **DOSSIER PREMIOS LITERARIOS ÁGORA-ANDRÉS SALOM 2011**

14 **ANTOLOGÍA LITERARIA URGENTE DE LOS PREMIOS ÁGORA-ANDRÉS SALOM 2011**

PREMIOS DE LA CRÍTICA DE LA REVISTA ÁGORA 2011

15 “El alba”, de Eloy Sánchez Rosillo. Del libro *Sueño del origen*
16 “Meditación serena en Chefchauen”, y “Soy el que escapa el fugitivo aquel”, de Jesús Aguado. Del libro *El fugitivo. Poesía reunida (1985-2010)*
18 “De la palabra me moría”, de José Ramón Otero Roko. Del libro *La falta de lectura*
19 “palomo equivocado”, de David Benedicte. Del libro *Maremágnum 44*

PREMIOS ANDRÉS SALOM 2011

22 “Materia elemental”, de Vicente García Hernández
24 “*Les Nymphéas*”, de José Ángel Cilleruelo
25 “Calle Caronte”, de Enrique Gracia Trinidad
26 “Templos de agua”, de Katy Parra

27 “El árbol de don Deogracias”, de Venancio Iglesias
36 “Los relámpagos”, de Pepe Pereza

38 “Que no haya mensajes a la deriva. A propósito del poema “Carta”, de Miguel Hernández”, por José María Piñeiro
41 “Justicia poética: A propósito de “Cuadernos”, de José María Millares Sall, Premio nacional de literatura 2010”, por Coriolano González Montañez

47 **PARTE 2ª**

48 **POESÍA DE EMERGENCIA SOCIAL. MANIFIESTO**

51 **TEXTOS MAGISTRALES**
"La niña de Srebenica", de José Luis Zerón Huguet
Dos poemas de Santiago Montobbio
Profano demiurgo: libro inédito de José María Piñeiro

57 **LA TELA DE PENÉLOPE**
"Vuelta al lugar donde se iniciaron las preguntas", tercera y última entrega del artículo de Fulgencio Martínez

58 **DIARIO DE LA CREACIÓN**
Poemas de:
Rumi Al-Yerrahi
Noelia Illán Conesa
Beatriz Bañuelos Marco
Carmen Berasategui
José María Herranz
Juan Tomás Frutos

67 **RELATOS**
"La Letra Garamond que ya no juega con Verdana", por Lidia Herbada
"Una historia de radionovela", por Carlos Manuel Rentería de la Cruz
"Buscando la paz", por Aldo Ciallella

72 **PER-VERSIONES**
Nuevos poetas hispanoamericanos traducidos al rumano por Daniel Lacatus.
Poemas de Ricardo Juan Benítez,Tisocco Gustavo Edilberto González Trejos y Roxana Arra

75 **BIBLIOTHECA GRAMMATICA**
Libros de Poesía
"*El caracol dorado*", de Dionisia García. Por Fulgencio Martínez
"*Hijo de mortales*", de Alberto Lauro. Por Francisco Javier Illán Vivas
"*Las razones del lobo*", de José María Herranz. Por F. Martínez
"*Este don a la muerte*", de Ricardo Defarges. Por F. Martínez
Ensayo
"*Penumbras de arcano*", de Harry Marcus. Por Dionisia García
Narrativa
"*Asesinatos profilácticos*", VV. AA. Por F. J. Illán Vivas
"*Espejos y otras orillas*", de Pedro Pujante. Por F.J. Illán Vivas
"*La suma y la resta*", de Irene Jiménez. Por Lola López Mondéjar

UT PICTURA
Fotografías de Carolina Illán

a nuestros lectores

Este nuevo número de Ágora, el 26, undécimo boletín digital, es casi un número doble. Incluye una parte primera, dedicada a los Premios de la revista (Premios Ágora-Andrés Salom 2011). Hemos pensado que a nuestros lectores les gustaría tener, en unas páginas sucesivas, información de los autores y de los textos que han sido distinguidos.

La segunda parte la dedicamos a las secciones habituales de *Ágora*.

PARTE 1ª

Ut pictura. Fotografía de Carolina Illán /1

DOSSIER PREMIOS LITERARIOS ÁGORA-ANDRÉS SALOM 2011

PREMIOS ÁGORA-ANDRÉS SALOM

UNA INICIATIVA PARA ROMPER EL CUARTO DE ESTAR DE LA CRÍTICA

Por primera vez, en este curso hemos lanzado la convocatoria de los Premios Ágora-Andrés Salom. Nuestro objetivo no es otro que el de romper el cuarto de estar y la mesa de camilla de la crítica. Es un decir.

En el actual formato ampliamos los Premios a cinco categorías:

A. **Premio de Honor de la revista Ágora** a la obra o difusión literaria, para un autor, medio de comunicación o institución cultural distinguidos en 2011.
B. **Premio Andrés Salom al mejor poema** publicado en la revista y blog de Ágora en 2011.
C. **Premio Andrés Salom al mejor relato** publicado por Ágora en 2011.
D. **Premio Andrés Salom** al mejor artículo o ensayo literario en Ágora en 2011.
E. **Premio al mejor libro de Poesía en castellano**, publicado en España en 2011. En esta categoría, se estimó también otorgar **Premios Revelación** a libros publicados de poetas emergentes.

1

LOS MEJORES TEXTOS PUBLICADOS EN ÁGORA EN 2011

Los Premios en las categorías B, C y D fueron fallados el 30 de noviembre de 2011, coincidiendo con la onomástica del poeta Andrés Salom, bajo cuyo nombre auspiciamos la inquietud cultural y social -por qué no decirlo- que motiva nuestra tarea.

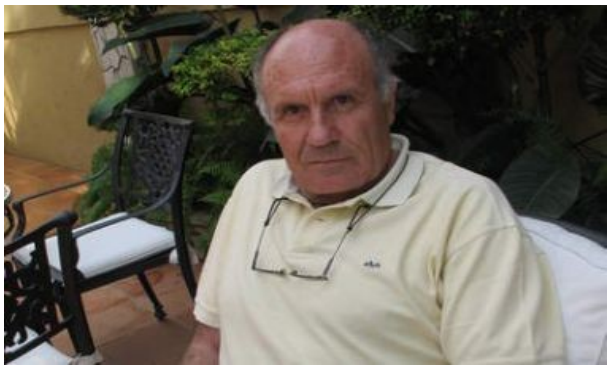
Se concedieron los Premios en dichas categorías al poema "***Materia elemental***", de **Vicente García Hernández**; al relato "***El árbol de don Deogracias***", de **Venancio Iglesias**; y al ensayo: "***Que no haya mensajes a la deriva. A propósito del poema Carta, de Miguel Hernández***", de **José María Piñeiro.**

En poesía, se otorgó un segundo premio al primer finalista, el poema "Les Nimphéas", de José Ángel Cilleruelo; y Menciones especiales a "Calle Caronte", de Enrique Gracia Trinidad; y "Templos de agua", de Katy Parra.

En relato, se otorgó el segundo premio a "Los relámpagos", de Pepe Pereza. Y en ensayo, fue otorgado el segundo premio al texto "Justicia poética: A propósito de "*Cuadernos*, de José María Millares Sall", de Coriolano González.

Jurados
Andrés Salom
José Luis Martínez Valero
Maximiliano Hernández Marcos
Ana Delgado Cortés
Joaquín Piqueras García
Francisco Javier Illán Vivas
Fulgencio Martínez

Vicente García Hernández
Mejor poema



Venancio Iglesias Martín
Mejor relato

José María Piñeiro
Mejor ensayo

2

LOS PREMIOS DE HONOR Y DE LA CRÍTICA DE ÁGORA

El 30 de enero de 2012 se publicó el fallo en las categorías A y E, respectivamente, Premio de Honor de Ágora y Premio de la crítica de Ágora al mejor libro de poesía en 2011.

Nos propusimos, para estos premios, contar con un jurado amplio, democrático, y pedimos la consulta y el voto a 23 escritores y críticos. Los jurados podían emitir cinco votos en cada categoría. 50 libros en la categoría E recibieron al menos un voto, y más de treinta autores o medios culturales fueron valorados.

La revista consideró otorgar un Premio Revelación al libro de un poeta emergente entre las obras que nos hicieron llegar sus autores, considerando la menor difusión de las obras de poetas jóvenes. Para este premio, solo contaron los votos de los miembros del Jurado reseñado en las modalidades B, C y D.

El fallo dio ganador del Premio de Honor al programa de radio **La Torre de Papel**, dirigido por el escritor **José Cantabella**, emitido hasta fecha reciente en Onda Regional de Murcia.
El premio de la crítica de Ágora al mejor libro de poesía en 2011 se repartió *ex aequo* entre dos libros: ***Sueño del origen***, de **Eloy Sánchez Rosillo**, editado por *Tusquets*; y ***El fugitivo. Poesía reunida (1985-2010)***, de **Jesús Aguado**, que publicó la editorial *Vaso Roto*.
Se otorgó, además, el **Premio Revelación** al libro ***La falta de lectura*** (editorial *DVD*), de **José Ramón Otero Roko**, y una mención de Honor al libro ***Maremágnum 44,*** de **David Benedicte,** editado por *Islavaria*.

Además, en la categoría A, se otorgaron sendas Menciones de Honor a los dos primeros finalistas: **EL CENTRO CULTURAL LA CASA ENCENDIDA**, de Madrid; y el programa de radio y blog **SOPA DE POETAS**, de Barcelona.

En la categoría E, obtuvieron Menciones de Honor otros cuatro libros finalistas en esta categoría:

Rapsodia, *de* Pere Gimferrer. *(Barcelona, Seix Barral, 2011)*
Libro de familia, de Félix Grande. (Ed. Visor. Madrid, 2011)
Zonas comunes, de Almudena Guzmán. (Madrid, Visor, 2011)
Otra ciudad, otra vida, de Karmelo Iribarren (Huacanamo, Barcelona, 2011)

El jurado-asesor de las categorías A y E (salvo en la modalidad de Premio Revelación, donde votó solo el Jurado del Premio Andrés Salom de las otras categorías) lo compusieron:

JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO
JUAN VICENTE PIQUERAS
JUAN DE DIOS GARCÍA
WEB EDITORIAL DELENDAESTCARTHAGO
LUIS ALBERTO DE CUENCA
JAVIER LOSTALÉ
FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA
ALBERTO INFANTE
FRANCISCO CENAMOR
FRANCISCO JAVIER ILLÁN VIVAS
MARIAN RAMÉNTOL
ALMA PAGÈS
PILAR QUIROSA-CHEYROUZE
JOSÉ LUIS ZERÓN HUGUET
GONZALO GÓMEZ MONTORO
FULGENCIO MARTÍNEZ
DIONISIA GARCÍA
JOAQUÍN PIQUERAS GARCÍA
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO
MAXIMILIANO HERNÁNDEZ MARCOS
ANA DELGADO CORTÉS
JOSÉ MARÍA HERRANZ
ÁNGEL ALMELA.

Citados por el orden en que nos fueron enviados sus votos, les agradecemos a todos su colaboración.

PREMIO DE HONOR DE LA REVISTA ÁGORA 2011

EL PROGRAMA DE RADIO **LA TORRE DE PAPEL**,

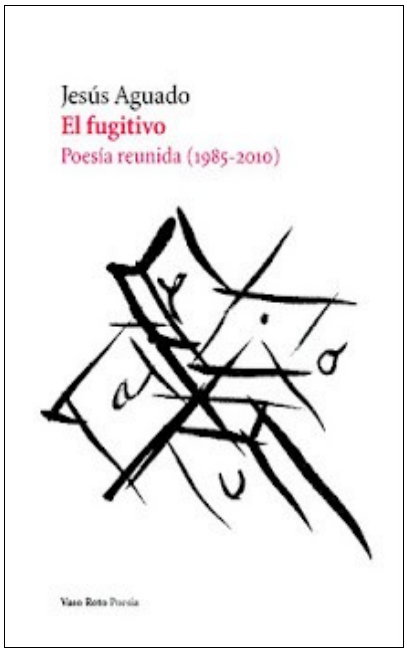
de JOSÉ CANTABELLA,

EN ONDA REGIONAL DE MURCIA

José Cantabella, director de La Torre de Papel

PREMIO DE LA CRITICA DE ÁGORA AL MEJOR LIBRO DE POESÍA 2011, *EX AEQUO* A: ***SUEÑO DEL ORIGEN,*** DE ELOY SÁNCHEZ ROSILLO, Y ***EL FUGITIVO***, DE JESÚS AGUADO.

Eloy Sánchez Rosillo
Sueño del origen
Tusquets editores



Jesús Aguado
El fugitivo. Poesía reunida (1985-2010)
Vaso Roto, España-México

PREMIO REVELACIÓN:

José Ramón Otero Roko

La falta de lectura.
Ediciones DVD, Barcelona.

ANTOLOGÍA LITERARIA URGENTE DE LOS PREMIOS ÁGORA-ANDRÉS SALOM 2011
Primera antología contra el egocentrismo del antólogo

I

LOS PREMIOS DE LA CRÍTICA DE ÁGORA

A quien escribe estas líneas ha sido una sorpresa, y una feliz confirmación de la pluralidad de la poesía española en el momento presente, la concesión de este primer Premio *ex aequo* a dos poetas y dos libros tan distintos entre sí.

Jesús Aguado (1961), poeta de mi generación, la de fin de siglo (de cuya obra solo conocía L*os amores imposibles*, con que ganó, aún veinteañero, el Premio de poesía Hiperión, y un texto *El fugitivo*, publicado en Pre-textos, que el autor ha corregido y refundido en el volumen de "Poesía reunida" premiado por Ágora) es un poeta poliédrico, "fugitivo" de un libro a otro; no gusta de estar quieto en el mismo cauce.

Eloy Sánchez Rosillo, sin duda el mejor poeta de su generación (esto lo digo pese a ser paisano suyo) es fiel a un estilo, luminoso, señorial, comunicativo de una experiencia poética originaria y constitutiva de su despertar humano, sobre la que profundiza en cada uno de sus libros.

De los autores premiados en la categoría de poetas emergentes, José Ramón Otero Roko (*La falta de lectura*) y David Benedicte (*Maremágnum, 44*), destacaría la sana vena inapacible que, por ellos, derrama de nuevo el verbo de la poesía castellana.

Los poetas y sus editorales, generosamente, nos han permitido hacer esta "antología de urgencia" con los poemas de los libros premiados. Valga como un termómetro de las poéticas actuales en el mercado. Y sea ésta la primera antología hecha contra el egocentrismo del antólogo.

De la obra *El fugitivo. Poesía reunida (1985-2010*), publicada por Vaso Roto, España-México, presentamos dos textos para que el lector perciba, en la corriente de la obra de Jesús Aguado, dos momentos significativos: un poema de los inicios, y otro de sus últimos libros.

F.M.

ELOY SÁNCHEZ ROSILLO

SUEÑO DEL ORIGEN

Tusquets Editores, Nuevos textos sagrados, Barcelona 2011.

EL ALBA

Que haya adquirido la costumbre el alba
de venir cada día
desde las fuentes puras del asombro
y en la orilla del cielo ir levantando
—despacio y muy deprisa—
su árbol frágil y esbelto de luz tierna
y arreboladas hojas,
¿no es prueba suficiente
de que vivimos en un mundo mágico?

Eloy Sánchez Rosillo nació el 24 de junio de 1948, en Murcia. Es profesor de literatura española en la Universidad pública de Murcia. Premio Adonais en 1977 con *Maneras de estar solo*. Ha publicado *Páginas de un diario*, *La vida*, *La certeza*, *Oír la luz*, y *Sueño del origen*. Ha sido premio nacional de la crítica con *La Certeza*, y reunió su obra publicada hasta 2003 en *Las cosas como fueron*. (Tusquets). Ha dedicado un libro de ensayo literario a la biografía y obra de Luis Cernuda.

JESÚS AGUADO
EL FUGITIVO
Poesía reunida (1985-2010)
Vaso Roto, España-México

Meditación serena en Chefchauen

Traicionar mis deseos
es el arte
que domino mejor. Mejor incluso
que encontrar placer en el cansancio
que dejan las palabras.
Cada gesto
que se queda dormido
en el aire,
cada caricia alzada en el vacío,
deberían tener la perfección de los mejores versos,
la serena quietud que mueve las montañas y las deja
crecer sobre el papel en blanco.

Traiciono mis deseos, quizás, para entenderme
con el cedro que he sido alguna vez,
con la piedra de cuarzo,
con el dulce alacrán de mis mejores días.

Porque cumplir los gestos pudiera ser la forma
más próxima a la muerte,
renuncio a que mis sueños se conviertan en polvo,
en sendero de niebla.

Del libro “Mi enemigo” (1987), recogido en “El fugitivo. Poesía reunida”. Vaso Roto, España-México.

JESÚS AGUADO

Soy el que escapa el fugitivo aquel
al que persiguen sus miradas
sus gustos los paisajes las sillas de su cuarto
sus opiniones y sus libros el café de las siete
la sombra de su cuerpo en primavera

Del libro “El fugitivo” (1998), recogido
en “El fugitivo. Poesía reunida”. Vaso Roto,
España-México.

Jesús Aguado nació en Sevilla en 1961. Poeta, crítico y traductor. Fue premio Hiperión con *Los amores imposibles*. Ha vivido en la India, y actualmente vive en Barcelona.

JOSÉ RAMÓN OTERO ROKO
LA FALTA DE LECTURA
DVD Ediciones, Barcelona 2011

DE LA PALABRA ME MORÍA

Si pudiéramos volver no al lugar ni al tiempo
sino a las personas que fuimos
en aquella dirección, en cierto sentido, hasta ellas,
si nada es lo que se vuelve ni lo que regresa,
ni parece haber partido, haberse roto, verse
en dos mitades palabra por palabra: el poema
fue la vida siempre antes que el presente.

José Ramón Otero Roko (Madrid, 1974) ha publicado los libros de poesía *Por el arcén* y *La falta de lectura*. Ha sido editor y actualmente colabora en revistas como el semanario *Cambio 16*, en el periódico de actualidad crítica *Diagonal* y en diversas publicaciones en el campo de la crítica cinematográfica.

DAVID BENEDICTE
MAREMÁGNUM 44
Islavaria, Sevilla, 2011

[palomo equivocado]

mi misión
ser el pesado
del Rafael Alberti
del siglo
que empieza

mi objetivo
aún me faltan
algunos años
eso supongo

pero como él
me dejaré crecer
una absurda melena
blanca
y peroraré rimas
sin tino
ni sentido
del coplero del Partido

pero como él
inauguraré
institutos de la ESO
con mi nombre
y apellido
dejaré mecerse
mi melena
al viento
gaditano
de Levante

pero como él
reabriré
algunas chekas
en franquicia

pero como él
galoparé
momificado
por los cócteles
oficiales
del Estado

dadme 20 o 30
años para hacer
realidad mi sueño

tan sólo eso
20 o 30 años
para hacerlo realidad

mi sueño

para convertirlo
en vuestra peor pesadilla.

David Benedicte (Madrid, 1969). Es premio Francisco Umbral de novela por *Travolta tiene miedo a mor*ir. En poesía ha publicado los libros *Biblia Ilustrada para Becarios* y *Maremágnum 44.* Participó en el libro/CD 'Panero', musicado por Bunbury y Carlos Ann.

II

LOS MEJORES TEXTOS PUBLICADOS EN ÁGORA EN 2011

PREMIOS ANDRÉS SALOM

Los textos que han sido distinguidos con el Premio Andrés Salom pertenecen a autores de una personalidad y trayectoria literaria contrastada.

En poesía, el poema "Materia elemental", del sacerdote poeta, accésit del Premio Adonais, **Vicente García Hernández**, nos gustó por su rebeldía y voluntad de verdad, que desacraliza las mentiras que ocultan el verbo esencial de la poesía y busca una nueva conexión humana con lo sagrado. Maravilla de ese verso final donde nos deja "sin verdades quizá, pero con alas".

El relato "El árbol de don Deogracias", de **Venancio Iglesias**, es una pequeña pieza maestra que deslumbra por la sapiencia de su lenguaje, el crescendo de su ritmo narrativo, la persecución de un ámbito ominoso y revelador de la existencia, de la que es víctima y actor el jubilado cura protagonista que, poco a poco, va descubriéndose su instinto de amor humano como única verdad que oponer a la muerte.

El ensayo sobre el poema "Carta" de Miguel Hernández, escrito por su paisano y también poeta **José María Piñeiro**, nos introduce en una reflexión imprescindible en torno a la virtualidad y cuestionable eficacia comunicativa de los nuevos medios de comunicación. La poesía no debería estar hoy ausente en esa batalla, pensamos también muchos con el autor del ensayo. La comunicación auténtica, la que deja huella en la memoria, ha sido y seguirá siendo la literatura.

Los otros textos que recoge esta *Antología urgente* dejo que el lector los descubra por sí mismo. Finalizo permitiéndome una licencia (ya que como antólogo a la contra he debido reprimirme hasta aquí en mi ego). Incluimos -al final- un poema de **José Cantabella**, de su reciente libro *Los sueños cotidianos* (Azarbe, Murcia, 2011). Es nuestro mínimo homenaje al escritor que ha conducido durante años el programa de radio La Torre de Papel, en Onda Regional de Murcia; y que ha merecido el Premio de Honor de Ágora. El elogio de su generosidad (él se ha ocupado en dar a conocer los libros de otros) no es pago suficiente a la labor que ha realizado Pepe Cantabella; el conocimiento de los valores de su propia obra literaria, sí es algo con que nos reconocemos en deuda.

F. M.

VICENTE GARCÍA HERNÁNDEZ

MATERIA ELEMENTAL

Me llenaron la boca de verdades,
de óxidos de hierro, de amuletos,
como: “La nieve es blanca” (¡qué milagro!).
O: “Que arda en tu palabra la justicia,
que la verdad te cubra”. ¡De verdades!

(Del Dios me dieron unas tablas y unas
rejas –la ley– y me dijeron: “No
salgas, no pases ni a la flor ni al viento,
quédate herido en la mudez del miedo”).

Y no pasé al amor.
Pero temblando
como un copo de oveja, o una jarcia
de alondras, me enredé en la luz del árbol,
y allí estuve sin irme: sueño, libro,
sueño de libro andando por las comas,
tropezando en las uves y en las nubes,
llenándome la boca de palabras
que no decían nada o tra lará
lará, que dice más de lo que dice,
o tanto como un trago de alegría.

Al menos, eso que es la fe del árbol,
es lo que yo creí, y lo que amé,
creyendo lo que el árbol: que la lluvia,
y el sol crispado y sus anillos de oro,
y la guitarra ronca del verano,
y el silencio con hojas del otoño,
y aun el invierno humilde y sin palabras,
todo son credo, amor y ensueño, y boca,
sin verdades quizá, pero con alas.

Publicado en Ágora núm 22.
El poema pertenece al libro *Materia elemental*,
que será próximamente editado.

Vicente García Hernández nació en Molina de Segura (Murcia), en 1935. Sacerdote católico, en 1964 recibió el Premio Polo de Medina de Poesía por *Dios se llama forastero*, en 1965 el accésit del Premio Adonais de Poesía por *Los pájaros*; y en 1975 el Premio Andrés Baquero de la diputación provincial de Murcia por *Los vidrios rotos*. Otras de sus obras son *Labios en la Vía láctea*, *Las arañas*, *Introducción a la selva incipiente*, *La silla vacía* (accésit al Premio Gabriel Miró), *Un punto de luz*, *Casi amor o cántico*, *Los barcos de papel* y *El bosque apócrifo*. Sus últimos libros publicados han sido la novela *La santa herejía* y los ensayos *La palabra, las miradas, el amor* y *El mar y su estrella (Poesía carmelitana).*

JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

LES NYMPHÉAS

Cuando la oscuridad emerge
desde el reverso del estanque,
enloda despacio las aguas
y sus añiles cercan
la luz que aún palpita en los nenúfares,
los ojos ceden. Los brazos, las manos,
las piernas.
Ceden los cabellos blancos,
invisible caligrafía
sobre las hojas que quedaron
por escribir en el cuaderno.
Los símbolos reconocidos
se hunden al atardecer
en la tumbona que junto a la mía
hay sin nadie.
Me asusta el súbito
escalofrío y abro bien los ojos.
Si me levanto en busca de un jersey,
algo me retendrá dentro —no sé,
la cena, las tareas— al tiempo que anochece.

Publicado en Ágora núm 21.

José Ángel Cilleruelo (Barcelona, 1960) ha publicado novelas (*El visir de Abisinia*, *Doménica* y *Al Oeste de Varsovia*, que recibió el premio Málaga de novela) y libros de relatos (*De los tranvías*, *Ciudades y mentiras*, *Cielo y sombras*). En poesía: *El don impuro*, *Salobre*, *Maleza*, *Formas débiles* y *Frágiles*. Con el título de uno de sus libros, *Maleza*, recogió en 2010 su obra escrita desde 1990.

ENRIQUE GRACIA TRINIDAD

CALLE CARONTE
(junto a las tapias del cementerio de Santa María)

¿Cuántos clientes han venido hoy?
¿A cuántos has dejado, por no tener moneda, para que vaguen sin sentido por estas viejas calles los próximos cien años?
¿A cuántos azotaste para que no dejasen de remar hasta llegar a la otra orilla?
Yo no tengo la fuerza de Heracles ni el arte de Orfeo pero tengo un secreto ¿Me dejarás pasar si te lo cuento?
No desconfíes, viejo loco, nadie va a castigarte por saber lo que quiero decirte.
El maldito barquero se acercó cauteloso, le temblaban las barbas y sonaban sus viejos huesos como el agua del lago contra el casco podrido de su esquife.
Verás, brillante amigo oscuro, los dioses que te dieron tu oficio ya no existen. Trabajas para nadie. Todos cuantos cruzaste al otro lado, se quedaron allí convertidos en polvo. Y los que no cruzaron por no poder pagarte son ya polvo también, arena de los siglos.
Ni Dante, ni Virgilio, ni Aristófanes; ni el más pobre de todos los esclavos ni el más afortunado de los reyes. Ninguno vive ya más que en los libros, y los libros también se perderán tarde o temprano.
Deja que te acompañe al último viaje. Cuando lleguemos verás que ya no ha nadie, que es la verdad lo que te estoy contando, que el reino de los muertos está muerto como lo estará un día el de los vivos. Nos quedaremos en aquella orilla menos tumultuosa que esta otra, esperando que el tiempo nos acabe también.

No hizo falta remar. El viento sopló justo y silencioso. Lo dos fuimos mirando cabizbajos la espuma de la tarde del mundo.

(Del libro *Mentidero de Madrid*. Inédito)

Publicado en Ágora núm 21.

Enrique Gracia Trinidad (Madrid, 1950). Escritor y animador de tertulias literarias. Ha publicado una amplia obra poética.

KATY PARRA

TEMPLOS DE AGUA

Entre la soledad y los semáforos,
el cielo más brutal
despedaza impasible los recuerdos.
Esta ciudad sin ti
parece un espejismo,
una extensa agonía
de lo que alguna vez denominamos
amor a duras penas.
Ya no importan los nombres
que le pudimos dar a aquellas cosas,
o si de cualquier modo
fueron nuestras ayer.
El tiempo de los besos
se torna irreversible
y escupe entre las sábanas
la terrible verdad de lo que fuimos.

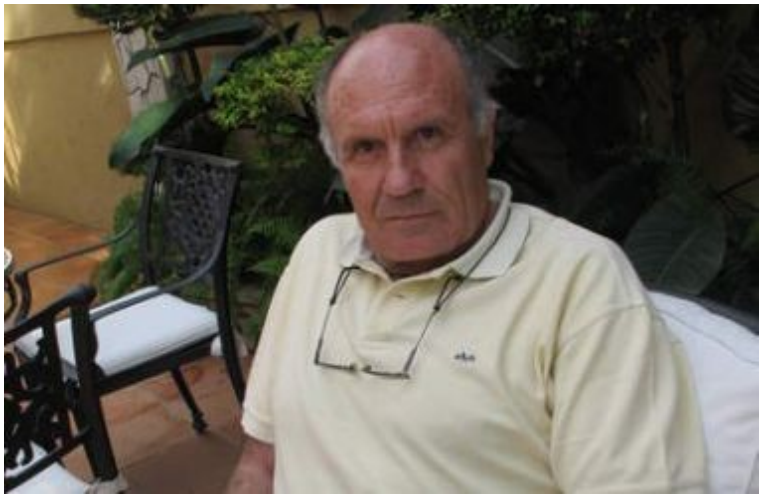
Publicado en Ágora núm 21

Katy Parra Carrillo (Murcia, 1964). Cofundadora de los Grupos Literarios *Espartaria* y *Jitanjáfora*. Coordinadora de talleres de poesía en diferentes centros de la Región de Murcia. Colaboradora en prensa, radio y en varias antologías de ámbito regional y nacional. Ha publicado los libros: *Acordes en Soledad*; *Síntomas de Olvido*; *Espejos para huir hacia otra orilla*; *Coma Idílico* (Ed. Hiperión); *Por si los pájaros (*Ed. Visor). Obtuvo el P*remio Internacional de Poesía Miguel Hernández. Comunidad Valenciana*, en 2008.

VENANCIO IGLESIAS

EL ÁRBOL DE DON DEOGRACIAS

(DEL LIBRO *ESPERANDO A SUSANA)*



En voz muy baja pero llena de resonancias -el Señor le había regalado una profunda voz tumbal-, don Deogracias recitó un hermoso latinajo de su viejo breviario: *quia repleta est anima mea malis et vita mea inferno apropinquavit*. La conciencia del abismo, la melancólica flor que nace en el borde rocoso de la sima, se apoderó de su alma llena de esas aprensiones, que la edad va dejando como légamo infecto: el poso repulsivo de los años. Respiró profundamente -en los últimos días se fatigaba demasiado- subió el último peldaño y las puertas de vidrio -*tolite portas*- se abrieron para franquearle el paso. Estaba en la residencia del obispado donde los sacerdotes más ancianos esperaban el consuelo de una muerte dulce y los más jóvenes -nunca menos de 65 años- entraban dispuestos a rubricar una vida de sacrificio y ocultación.

- Don Deogracias -la sonrisa del obispo era de una ironía despiadada-, ha dado lo mejor de usted mismo a la madre Iglesia; sabemos, sin embargo, que tiene un corazón algo débil, así que creemos (el obispo usaba siempre el plural mayestático) que, aunque no ha cumplido la edad, es hora de un largo y merecido descanso... Y no vamos a aceptar ninguna negativa ni protesta por su parte. Se trata, como ve, de un regalo de nuestra madre... Nosotros creemos que merecido.

- Hijo de puta -pensó el cura- parece que quiere meterme en el cuerpo, la sugestión de la muerte. ¡Un largo descanso! ¡Alegría puñetera de deshacerse de mí! Eso. Sólo los hipócritas y los malvados alcanzan los puestos más altos de la jerarquía. ¡Cínico de los cojones! (Don Deogracias, para sus adentros no reprimía vocablos malsonantes en la publicidad).

- Para el próximo mes -siguió el obispo mientras daba una calada de un fino cigarrillo, exhibiendo su sortijón de rojo rubí-, puede venir a la Residencia y enviaremos a su parroquia uno de los cuatro jóvenes que se han ordenado este año. Hay que dar paso a la juventud, ¿no cree? –añadió riendo, intentado quitar dureza al momento. -La pensión es pequeña, ya sabe nuestros problemas financieros, pero los gastos serán mucho menores que en la parroquia: vaya lo uno por lo otro. (El crucifijo de oro, en su pecho, y el sortijón de autoridad tenían un relumbre canalla).

- No importa. Tengo mis ahorros y, entre mis feligreses, aprendí a tener pocas necesidades.

El obispo recordó la primera vez que dudó del buen sentido de Deogracias. En el seminario el profesor de teología pidió una definición de la fe y esperaba de todos, la canónica. La clase se quedó muda y el diácono Deogracias dio una definición hilarante: la fe es la manera más hermosa y heroica de la soledad. Todos rieron de buena gana. Sólo el profesor calló pensativo.

Aceptó su jubilación con humildad y con el dulce estoicismo de quien siente que lo apartan de lo que ha sido su vida durante cuarenta años. Escuchó a su prelado sin decir una sola palabra, aceptó su decisión, besó luego su anillo de jerarca –con el dinero de venta de este anillo hubiera vivido yo diez años - y se retiró. Cuando –pax tecum- cerró tras sí la puerta del despacho supo que el obispo sonreía perplejo: -Este Deogracias siempre ha estado un poco loco. Bendito sea Dios.

Sí. El último año, don Deogracias había dado alguna muestra de perder el tarrate y hubo quejas en el obispado porque, en un sermón dominical, había dicho, como de pasada: -Las mujeres de este pueblo son todas unas putas. Sé de muchas que han abandonado el lienzo y usan ropa interior de nailon. Alguna jovencita ha dicho incluso que la mejor ropa para la mejor carne. ¡Indecente!

Teniendo en cuenta que el sacramento de la confesión daba información de primera mano, el asunto se tornó espinoso, de modo que el obispo hubo de tranquilizar a una representación de parroquianos, con el diagnóstico más fácil y aceptable, que se resumía en el gesto de barrenar la sien con el dedo índice, prometiendo una pronta jubilación del cura que, durante muchos, muchos años, había atendido con diligencia y un ápice de humor las sencillas necesidades espirituales de sus fieles. Salvo esa salida de tono, el cura se limitaba a pequeñas admoniciones que no podían molestar a nadie, sino por la insistencia con que las hacía, recibiendo mudas y no siempre amables contestaciones, que los feligreses daban para

su capote:

- Mañana empiezan las confesiones Trino...
- Cuente conmigo, don Deogracias. Voy a dar trabajo a tres curas y cinco pinches que los ayuden.
- Iluminado, me han dicho que blasfema usted en la mina...
- ¡Qué mentira! Cagüen Crista puta. ¿Quién se lo dijo? Además, la blasfemia alivia. Si me cae una piedra ¿qué quiere que diga: gracias Dios mío? ¿Acaso no la dejó caer Él mismo? A tomar po'l culo.
- Colasín, hijo, me dice el maestro que tus padres os maltratan a ti y a tu hermana.
- *Opera enim illorum sequuntur illos*. (Colasín monaguilleaba con don Deogracias y conocía el latín eclesiástico al dedillo).

Como el cura ignoraba estos interiores, podríamos decir que, con mayor o menor fortuna, en el terreno pastoral, don Deogracias había sido feliz en Aulularios, la parroquia a la que le destinaron cuando se ordenó sacerdote. Y si no logró la salvación de sus feligreses, mereció la propia por el celo que ponía en los sencillos menesteres pastorales: bautizar, confesar, asistir a los enfermos, enterrar a los fieles difuntos, rezar los oficios y hacer la poquita caridad que le permitía su escaso estipendio.

Don Deogracias recuerda que salió del obispado canturreando la canción asturiana y aún española por excelencia, con la que había amanecido. Había cogido el autobús de línea, había hecho el viaje y había entrado en el palacio, ronroneando una y otra vez la frase, *tengo que subir al árbol tengo que coger la flor*. Al salir de palacio, se colocó la teja, dio unos pasos y se la quitó arrojándola al aire. Y, riendo y cantando, para asombro de algunos viandantes, se dirigió a la entrada de la catedral. Hacía tiempo que, cada vez que venía a la ciudad, daba el mismo paseo por la nave lateral derecha, la girola y la nave lateral izquierda. Pero esta vez, le estremeció la tierna penumbra de la iglesia, la tamizada luz de las vidrieras, el olor de las rosas marchitas y del incienso quemado en alguna celebración reciente. Por eso, entró en la nave central, se sentó en un banco delante de de bien labrada madera y se dio cuenta de que no sabía rezar. No podía más que repetir como si se tratara de un salmo absurdo los dos versos de la canción. Quiso recitar algún texto de su breviario que conocía de memoria pero no recordaba ninguno. El cerebro se le embotó y sintió, en su pecho, que el corazón aceleraba su ritmo y que un fuerte dolor bajaba por su brazo izquierdo. Turbado, preguntó cambiando las palabras de Samuel cuando Yavé lo llamó en plena noche: Señor, ¿qué coño quieres ahora? ¿Es llegado el momento?

Y aquí sucedió algo muy raro porque el narrador de esta historia, asegura que se oyó una voz melodiosa y persuasiva que decía: no alcanzarás ningún atisbo de la gloria si no subes de una vez y cortas la flor. Pero el narrador no está seguro de que don Deogracias oyera la voz del Señor de cielos y tierra, -bendito sea su nombre por los siglos de los siglos- porque puede que aquella voz fuera del maligno que sobrevoló la cabeza del cura y desapareció bajo uno de los asientos del coro, dejando en el aire dormido de la iglesia, el acre olor del azufre. Estaba sudando y abrió los ojos y encontró sentada a su lado, una adolescente de gran belleza que volvió, hacia él, lo suyos tristes y sonrió de esa forma

maternal de algunas jovencitas, que parecen madurar el alma en la preciosa visión de un almo destino.

- ¿Se encuentra bien, padre?

Don Deogracias asintió mudo y creyó ver en la muchacha el ángel pintado junto al lecho de muerte de la Virgen, en uno de los casetones del retablo.
Ella le tomó el pulso: - Estudio enfermería, ¿sabe? Lo tiene muy alterado. Debería visitar a un médico. El cura abrió la boca para musitar un "gracias" que salió de su garganta como un ruido indescifrable. La muchacha, por su parte, hizo una genuflexión y se alejó por la nave izquierda. Se detuvo ante un medieval sarcófago de piedra agujereado y luego desapareció entre las sombras, se diría que tragada por el túmulo.

La Residencia tenía una parte de residencia de curas y otra parte de hospital público. Don Deogracias se instaló en una habitación que había quedado libre y que perteneció al cura más anciano recientemente fallecido. Dejó su maleta junto al armario de madera barnizada y sobada, y se sentó en la cama. Se levantó, se dirigió al espejo y se miró. El tiempo y la pobreza obligada de su ministerio habían dejado surcos en su piel esturada por el sol y el aire de la montaña. En la comisura de sus labios se convertían en rictus de desencanto bienhumorado, su negación sacerdotal, su celibato y su fidelidad al santo ministerio. Volvió pues a sentarse en la cama y se quedó largo tiempo mirando a la pared con la vista perdida en el papel pintado, despegado y lleno de polvo en el límite del techo. Los cristales de las ventanas, desde las que se veían los arbotantes de la catedral, estaban sucios y, bajo la cama, descansaba el tiempo en forma de un viejo vaso de necesarias –cerámica llena de sarro hediondo- un gastado cepillo de dientes y grandes bolas de pelusa cana. En una esquina, se había llenado de polvo el triángulo de una vieja telaraña. En torno a la llave del armario, el barniz desgastado dejaba asomar la blanca madera de chopo; el inquilino anterior no debía de ser muy cuidadoso y la habitación debió de quedar mucho tiempo cerrada, porque tenía el olor del aire viejo y descompuesto, de chinches aplastadas y zotal. En recepción le comunicaron que, hasta la una, no pasaría la limpiadora así que, don Deogracias se levantó del duro colchón de borra en que se había sentado y -fuera la puta faldamenta- se quitó su vieja, su astrosa sotana, sobada, la arrojó al fondo del armario y se puso una camisa gris con la tirilla blanca en el cuello, mientras volvió a canturrear los versos de la canción: *tengo que subir al árbol, tengo que coger la flor.*

Ya iba a salir al pasillo, cuando se detuvo. Se quitó los zapatos, se quitó los calcetines, los olió con gesto de repugnancia, los anudó y los metió bajo la cama. Abrió la maleta sacó unos nuevos y se los puso; ató los cordones de sus enormes zapatos (los niños de su parroquia le llamaban Zapatíbulo por sus zapatos y su rostro patibulario) y, hombre nuevo, salió al pasillo, bajó la gran escalera y se fue por la puerta principal a dar un paseo por la ciudad. Se llegó hasta una plaza que se dilata en un hermoso jardín arbolado y se sentó en un banco público, con la vista perdida en las neblinas de la nueva vida. Un poco más allá, en otro banco, un grupo de muchachos desastrados, llenos de greñas y tatuajes, bebían vino de una botella oculta en un paquete de papel y vociferaban obscenidades.

La sombra de los tilos vacilante daba al lugar un aire inestable. El cura quiso leer un rato los salmos pero se dio cuenta de que, por primera vez, había salido sin su breviario. Levantó los ojos a los árboles y volvió a canturrear en su interior los versos de la canción. Cuando los bajó al suelo, descubrió que a su lado se había sentado una joven. El cura le miró a los ojos, creyó reconocerla y sonrió nervioso. La muchacha le devolvió la sonrisa y depositó a su lado unos cuadernos de espiral que le hicieron suponer que se trataba de una estudiante. El cuello largo, los labios grosezuelos, la nariz recta, tenía la niña piel de marfil y manos de cirio. Un rato se quedó pensativa. Sus ojos azules parecían ciegos. Don Deogracias, lleno de emoción observó cómo una lágrima, *una furtiva lágrima*, le resbalaba por la mejilla y cómo se la limpiaba con la yema de los dedos. ¡Pena de amor sin duda! El cura, con el rabillo del ojo, creyó reconocer a la jovencita que, hacía un mes, encontró a su lado en el banco de la catedral, caída del retablo del altar mayor. Tal vez fuera una casualidad, tal vez la penumbra de la iglesia le impidió verla con claridad, pero juraría que era ella.

Sin volver los ojos a la muchacha, don Deogracias reflexionó en voz alta:

- La tristeza es argucia del enemigo malo. Eres joven y muy hermosa: no deberías estar triste. En tu alma deberías hacer un nido al Dios de la alegría.

La muchacha rompió a llorar con tal congoja, que don Deogracias se llenó de ternura. Jamás había sentido aquella tan extraña emoción justo en su garganta; jamás había latido su corazón con aquella intensidad. Por un momento incluso, sintió deseos de abrazar a aquella niña, o tal vez llorar con ella, nomás por acompañarla en su dolor. Se contuvo sin embargo, y miró a la altura y vio que el árbol era un tilo y que el tilo estaba amarillo de flor y por primera vez aspiró aquella fragancia: - Se trata de un tilo en flor,- constató- pero nunca aspiré un perfume capaz de penetrarme las entrañas de manera tan embriagadora. Entonces, la muchacha hizo algo muy extraño. Se levantó, cogió sus cuadernos, se acercó al cura, se inclinó, tomó su mano y besó el dorso como se hacía antiguamente, de modo que el sacerdote sintió el calor húmedo de las lágrimas de la muchacha y el frío tacto de los labios, y vio fugaz y castamente sus senos firmes y morenos a través del breve escote del vestido. Hubiera querido articular algo, pero la joven le dio la espalda y se alejó despacio hacia la calle próxima, perdiéndose entre el fragor de los automóviles y la gente de las aceras atareada.

Un dolor súbito le atravesó el pecho y el cura rezó con pasión: - Ya me dirás que es lo que quieres que haga, porque no me negarás que es otra señal tuya. Y se asustó porque estuvo a punto de experimentar un orgasmo, unido a un dolor fortísimo en el pecho.

La cena en el pequeño comedor comunitario fue muy rápida. Don Deogracias, no podía apartar de su pensamiento la pureza rosada de aquellos pechos adolescentes y se sorprendió acariciando distraídamente la finísima piel redonda de una manzana. Del comedor se retiró a su habitación, se tumbó en la cama, encendió un cigarrillo y en las volutas de humo vio dibujados los pechos de la estudiante. Agitado por el vendaval de una emoción incontenible, abrió la Biblia decidido a apartar su pensamiento de la niña del jardín

–si te asalta una obsesión pecaminosa, coge el libro santo y lee-. Abrió, pues, el libro al azar y leyó: *Mientras reposa el rey en su lecho, exhalan los tilos su aroma. Es mi amado para mí, bolsita de mirra que descansa entre mis pechos.* ¿Era error de imprenta? En el libro del Cantar de los Cantares de Salomón, dice *"exhala mi nardo su aroma"* pero en aquella Biblia podía leer que el aroma lo exhalaban los tilos. Y entonces, cerró el libro violentamente -¡carajo!- al par que experimentó una fortísima erección, como cuando en el seminario, contemplaba las floridas acacias del patio por la estrecha ventana de su celda. Su corazón, como en el jardín de los tilos en flor, latía con una fuerza tremenda y don Deogracias escuchó sus latidos como martillazos en la tapa de un ataúd. A sus labios, entrecortada y dulce, volvió la canción, volvieron los versos de amor más hermosos y sencillos: -*Tengo que subir al árbol, tengo que coger la flor*. Entonces renació la tranquilidad en su alma y sintió, en sus manos consagradas, el frescor húmedo de los labios de la muchacha. Rezó su oración de la noche: *Oh, Dios mío, hágase en mí tu santísima voluntad. Acepto la muerte uniéndome a Jesucristo expirando por mí en el árbol de la cruz.* Cuando llegó a estas palabras de la oración, le subió a la garganta la burbuja glu, glu, del desasosiego: ¡El árbol! Se remetió la manta bajo el colchón y, cuando el dolor fue desapareciendo, se durmió apaciblemente con una decisión alocada: emplazar al destino. Al día siguiente se sentaría en el mismo banco, bajo el mismo tilo y, si la muchacha aparecía de nuevo, le confesaría su amor.

Por la mañana dijo misa en una de las capillas de la catedral. No tenía ni monaguillo ni feligreses. Sólo una lámpara minúscula iluminaba los corporales y el cáliz. De vez en cuando la imagen de la muchacha aparecía junto al cáliz y don Deogracias se quedaba embelesado. En lugar del gradual del día, repitió obsesivamente las palabras latinas del oficio de nona: *Como el cinamomo y el bálsamo aromático di olor en las plazas, y como la mirra selecta entregué la suavidad del perfume.* Cuando comulgó el pan y la patena quedó sobre los corporales, vio en ella reflejado el rostro bellísimo de la muchacha, sintió, en su mano, el frío contacto de los labios y supo que el olor de los tilos tenía su origen en el alma de aquella misteriosa niña.

Se hundió durante una hora en la sombra tortuosa del confesionario. Apoyó un codo en la ménsula bajo la rejilla donde, al amparo del relativo anonimato algunas almas atribuladas se acercan a confesar sus miserias. Después de unos cuantos consejos rutinarios don Deogracias absolvía a los penitentes, sin imponer penitencia alguna convencido de que el pecado mismo era su propia penitencia. El pensamiento del buen cura estaba lejos, prendido en unos ojos, en una mirada que parecía venir de más allá, de un cielo o un paraíso perdido. No tenían nombre aquellos ojos pero sabía que fueron los primeros que vio cuando abrió los suyos al nacer, estuvieron presentes en los acontecimientos más importantes de su vida y seguramente aparecerían cuando cerrara los suyos definitivamente. Un hombre se acercó. Don Deogracias se inquietó porque el hombre no dijo la jaculatoria ritual, sino que permaneció en silencio. Don Deogracias se inquietó más cuando creyó oír un gemido:

- ¿Te ocurre algo hijo?
El hombre no respondió.

- ¿Hijo, te encuentras mal?
- Sí. He perdido mi vida.
- Todo es humo, hijo. Hubiera podido ser de otra manera pero la vida que elegiste es tan buena y tan mala como cualquier otra.
- He ayudado a la usura más desalmada.
- ¿Trabajabas en un banco?
- Sí.
- La crueldad con que te ha tratado durante tanto tiempo hace que tu pecado sea menor. Has devuelto el capital. El Señor perdona los intereses.
- ¡Gracias padre! Hay otra cosa. Ayer he descubierto el amor…
- ¿Qué edad tienes, hijo?
- Cincuenta y cuatro.
- Yo tengo más edad y también lo he descubierto ayer. Tranquilo pues, hijo. El amor lo perdona todo. El amor nos devuelve todo lo que creíamos perdido para siempre: la mitad de nosotros mismos. Un instante de amor recupera todo el tiempo perdido sin él. Aprovecha. Ponte en sus manos sagradas. Voy a darte la absolución: no necesitas hacer penitencia, porque el amor todo lo limpia.

Cuando el penitente se alejó silenciosamente hacia la puerta de la iglesia, don Deogracias se sumió de nuevo en la imagen de aquella muchacha, cuyos ojos indescifrables habían puesto un poquito de sentido en su vida baldía.

Al lado de la torre sur, daba tierna sombra un arbolito rojo, lleno de flor en primavera. Don Deogracias se quedó mirándolo con una emoción contenida. De entre la verja que rodea la catedral salió un perrillo trotando, se llegó al árbol, levantó una patita y orinó en el tronco, con un ojo fijo en los de don Deogracias. Este, que canturreaba los versos, interrumpió el canto. -¡Chito! - Palmeó el cura- ¡Mecagüen tu leche! –y el perrillo salió corriendo; pero unos metros más allá se detuvo, se sentó sobre sus cuartos traseros y volvió a mirar con desfachatez al cura, que ya se iba a sentar en uno de los bancos de la plaza, para admirar a su sabor las finas, las delgadas torres doradas de la catedral.

Allí se quedó adormecido un rato y, héroe de la fe, se sintió llevado por el diablo hasta la cima de una torre. Las tejas del barrio antiguo y del palacio obispal, aún blancas de escarcha, brillaban con fulgor de plata y el cura sintió en su oído los fríos labios de la muchacha que le decían: -Todo esto te daré si postrado a mis pies me adorares. A punto estaba el cura de decir: -Para adorarte no necesitas darme nada; déjame caer a tus pies y perdona los míos grandes-, cuando se cayó de la torre del sueño y se encontró en el duro banco de la plaza, donde un anciano jubilado lo miraba con curiosidad. -¡Qué coños mirará este tío!-. En el reloj de la torre eran las doce, así que recordó su propósito nocturno y se fue pasito por la calle Ancha, que él seguía llamando del Generalísimo, cruzó la plaza del Ayuntamiento y bajó por la calle Independencia hasta el parque perfumado del día anterior. Buscó el banco con inquietud, pero allí había un muchacho desastrado haciendo fiestas a un perrillo de aguas y haciéndole los honores a un bote de cerveza. Al lado tenía un platillo de peltre con el que de vez en cuando se levantaba para pedir limosna a los viandantes con un gesto cínico de dudoso humor: -¡Una ayudita para la cerveza, por favor! Ja, ja, ja. ¡Una ayudita para el cabrón del perro!…

El cura se sentó en el otro extremo, estiró sus piernas y, con el codo apoyado en el brazo del banco y una mano en la mejilla, como un intelectual de las guardas de un libro, miró con delicia la luz que entraba entre las ramas doradas de los tilos, escuchando, deleitosamente traspuesto, el laborioso, el sosegado bisbiseo de las abejas. El muchacho abandonó el lugar y don Deogracias sintió un desfallecimiento, entrando de nuevo en una especie de sopor en el que se borran las fronteras entre el mundo interior y el exterior. Se vio subido en la copa del tilo y entre las flores vio venir a la chiquilla con sus cuadernos y su atuendo de colegiala y exclamó*: Esta es mi paloma, mi perfecta, mi inmaculada*. Y vio que su propio cuerpo sentado en el banco se estremecía como cuando, niño, se sentía arrebatado por el espíritu. Allí estaba al borde de Dios, en el sencillo banco del jardín, bajo el intenso aroma del tilo. En rápido vuelo, volvió a su cuerpo y abrió sus ojos y, ante él, encontró el rostro sonriente de la muchacha. *En nuestra tierra aparecieron las flores y se escucha el arrullo de la tórtola.* Don Deogracias no pudo contener su emoción y con voz entrecortada exclamó: –Te quiero. Tú eres mi árbol y la sombra protectora de mi árbol; tus labios son dos rosas que había en el atrio de mi iglesia. Toda la vida esperé tu presencia y te encuentro justo en el borde, cuando el abismo sin nombre se abre a mis pies.

La muchacha tomó su mano: -¿Se encuentra bien?- y con un pañuelo le enjugó el sudor de la frente. Acuéstese en el banco, yo le ayudo.

El sacerdote se dejó caer y apoyó su cabeza en el regazo de la muchacha. Cerquita vio la obsesión de sus senos cuando ella se inclinó para coger la muñeca y tomarle el pulso –A ver, respire, despacio-. Cerró los ojos el cura, pero los abrió cuando la palma de la mano de la chica golpeó suavemente su mejilla –Despierte. Respire–. Alcanzó la cima de la delicia, cuando los labios de la muchacha, como el borde de un dulce-trágico y oloroso cáliz, se posaron sobre los suyos. Respiró su aliento varias veces y, en aquel extraño beso, conoció el amor y supo, también, que la vida se le escapaba a grandes trancos. Del tilo cayó una ramita de flor junto del banco: -¿Eras tú?- La muchacha asintió. Sus claros ojos se habían vuelto fríos, opacos, inexpresivos.

- Una pregunta me ha torturado siempre. ¿Hay luz más allá de ti o seguiré hermosa y heroicamente solo?

- No lo sé. Soy yo quien abre todas las preguntas, pero no tengo respuestas.

Se hizo oscuro y cesó todo durante un rato de incierta duración. Cuando el cura abrió los ojos, vio los destellos de una ambulancia y escuchó que dos jóvenes a su lado comentaban en voz muy baja.

-...Una estudiante de enfermería le hizo el boca a boca sin resultado.

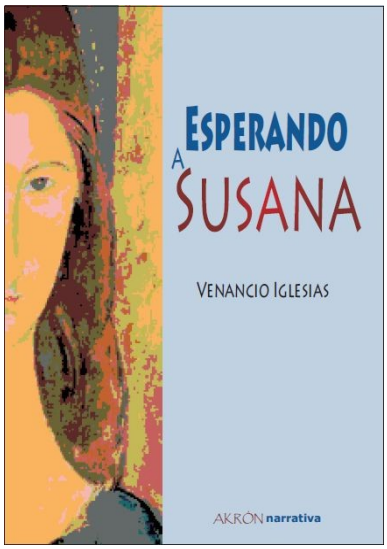
- Ojalá me lo hiciera a mí... el boca a boca, digo. Era preciosa. Al menos este cura se lleva un recuerdo precioso.

- ¡Tarda la policía! Y el obispo ¿lo sabrá? ¡La cantidad de flor de tilo que ha caído sobre el cadáver!

- Mira, Falo. Se le han abierto los ojos. Ciérraselos y échale una manta por encima. Algunos muertos se resisten a mirar para adentro.

En ese momento, pasó Modesto Cienfuegos, un pintor de ojos serenos y perenne sonrisa de bondad; un pintor que cree sinceramente que la vida es un regalo de la luz y de los pájaros. Miró el cadáver, miró a los dos jóvenes se señaló el pecho preguntando por la causa de la muerte y los jóvenes asintieron aunque con gesto de duda. Y él, que venía de visitar a su cardiólogo, dijo para su capote:

- La flor embellece la muerte y la hace definitiva. Este cura es un buen modelo para un Cristo yacente que no se ha pintado todavía. Después, se alejó por entre los árboles del jardín, mirando al cielo, aspirando el perfume transparente de los tilos y canturreando unos versos, que le habían obsesionado toda la mañana: -*Tengo de subir al árbol, / tengo de coyer la flor / y dá-yla a la mío morena / que la ponga en el balcón.*



Venancio Iglesias (Olleros, León) es autor del libro de relatos *Esperando a Susana*, publicado por la editorial Akrom. es.

PEPE PEREZA

LOS RELÁMPAGOS

Una pareja de la guardia civil escoltaba al pobre Félix hasta las afueras del pueblo. El sargento Ochoa caminaba mirando de reojo los nubarrones que se aproximaban, mientras que López, el otro guardia, empujaba nervioso la silla de ruedas de Félix, que no paraba de insultarles e increparles con voz gangosa y entrecortada:

- Cabron…es, hijos de pu…ta. Que no t…enéis cora…zón.

Era lo único que podía hacer para defenderse. Félix era paralítico de cintura para abajo. Hasta tres rayos le habían dejado así. Porque a lo largo de su vida, a Félix le habían alcanzado no uno ni dos, sino tres rayos. El primero fue cuando tenía catorce años. Por entonces era pastor y un día en que las ovejas pastaban en el monte, se levantó una gran tormenta. Félix intentó reunir al rebaño cuando de pronto un rayo, le golpeó de lleno. Sobrevivió, pero perdió la sensación de frío y casi la totalidad del habla. Desde ese día, le costaba un gran esfuerzo articular palabras y a todas les daba un tono gangoso y entrecortado. El segundo rayo le pilló a la salida de la iglesia un domingo por la mañana. Félix contaba ya con veinte años y estaba a punto de irse a cumplir el servicio militar. Todos los quintos del pueblo incluido Félix, salían de la iglesia de escuchar la misa en su honor.

Entonces el cielo descargó otro rayo. Félix sobrevivió una vez más, pero sus cinco compañeros no. Quedaron totalmente achicharrados. Como resultado, Félix se quedó sin rastro de vello en el cuerpo. El rayo lo dejó totalmente calvo y sin cejas, dándole un aspecto de lo más siniestro. Desde entonces, los vecinos del pueblo le atribuyeron la muerte de sus compañeros. Murmuraron y le criticaron resentidos. Algunos dijeron que estaba maldito, otros que solo era mala suerte y los más dolidos proclamaron que era hijo del mismísimo Satanás. El tercer rayo fue el que lo dejó sentado para siempre en la rudimentaria silla de ruedas. Ocurrió justo tres años después de los funerales de los cinco quintos. Félix estaba en el establo ayudando a Nicolás a ordeñar sus vacas. Entonces, el rayo atravesó el tejado impactando de lleno en Félix. La electricidad recorrió su columna vertebral, destrozándosela, y dejándole paralítico de cintura para abajo. Lo peor de todo fue que la descarga mató al bueno de Nicolás y a la totalidad del ganado. Los vecinos que hasta entonces defendían a Félix porque estaban convencidos de su mala suerte, se unieron al grupo de los que creían que estaba maldito. Convocaron un pleno en el ayuntamiento para decidir que medidas tomar de cara a prevenir futuros incidentes. Después de mucho discutir, llegaron a un acuerdo: Cuando el cielo viniese negro y con nubarrones, una pareja de la guardia civil se encargaría de escoltar a Félix a las afueras del pueblo y dejarlo allí hasta que escampase la tormenta. A tal efecto, levantaron allí para Félix una especie de caseta con una tejavana para protegerlo, si no de los rayos, al menos de la lluvia y el frío…

La tormenta se aproximaba. El sargento Ochoa ordenó a López acelerar el paso. No tuvo que insistir, López sentía una aversión exagerada a las tormentas eléctricas, quizá porque años atrás fue testigo directo de la fatídica descarga a la salida de la iglesia. Él vio en primera línea como se freían aquellos mozos, salvándose de milagro. Félix intentaba inútilmente resistirse y les insultaba con su voz gangosa y entrecortada. Lloraba de rabia e impotencia, meneando los brazos con movimientos torpes y acentuados, como las aspas de un viejo molino que desencajadas de sus ejes, son incapaces de girar formando un círculo perfecto. Llegaron a la caseta y metieron a Félix dentro. Cerraron la portezuela con un candado y se fueron de allí. Mientras se alejaban, oían los gritos amortiguados del pobre Félix suplicando que tuviesen piedad, que no lo dejasen allí. Un par de gotas de lluvia se estrellaron en la cara del sargento y aceleraron el paso. El cielo estaba cada vez más negro. La llovizna dio paso a una borrasca intensa.

- Esta va a ser de las gordas – presagió López.
- Corre que nos vamos a calar – ordenó el sargento echando a correr.

Según se alejaban, las protestas de Félix fueron dejando paso al sonido intenso de la lluvia golpeando contra el suelo. De pronto, un trueno ensordecedor retumbó por todo el valle. La tormenta había llegado.

Publicado en Ágora num 22

Pepe Pereza es escritor y ex actor de cine y de teatro.

QUE NO HAYA MENSAJES A LA DERIVA.

A PROPÓSITO DEL POEMA *CARTA,* DE MIGUEL HERNÁNDEZ

José María Piñeiro

Ilustración: Joaquina Illán

Hoy, más que nunca, a través de la red, fluyen masivamente mensajes de todo tipo. Nos hacemos la ilusión de que esta hipercomunicación crea un plural nosotros en contacto constante, cuyas pululantes misivas, desapareciendo al ser leídas, son sustituídas por otras de modo inmediato. La eficacia tiene su contrapartida en este carácter fantasmático del mundo virtual. Sólo cuando los mensajes enviados o los artículos se cargan de un contenido sustantivo notable y es vislumbrable una *obra*, requieren de un soporte impreso (lo hemos visto recientemente en el caso del blog editado de Félix de Azúa, o en la correspondencia entre Bernard-Henri Lévy y Michel Houellebecq, por ejemplo). Lo que era un texto virtual, inmaterial, se encarna entonces en un libro.

Podríamos imaginar la historia de la literatura universal como una galaxia de textos en rotación, de modo parecido a como Octavio Paz imagina el desenlace del universo al final de *El mono gramático*: textos prestos a materializarse, a actualizarse, a encarnar su sentido en el momento en que un lector conectase con alguno de estos mensajes a la deriva. ¿Podríamos hacer lo mismo con todas las cartas y misivas que la humanidad ha intercambiado entre sí? Una carta tiene la entidad semiótica de un texto. Su singularidad consiste en que el azar, cualquier tipo de interferencia, la alternancia más o menos prolongada, es decir, la espera de una probable respuesta, forman parte – parte accidentada, paradójicamente - de su continuidad.

Este condicionamiento espacio-temporal es lo que le presta toda su carga metafórica y patética a la carta. Ya en la primera estrofa del poema que Miguel Hernández titula *Carta*, el poeta explicita desde dónde se escribe y cómo escribe el que escribe cartas. Con la habilidad sintética del don poético, enumera rápidamente esas condiciones: "*...desde las trémulas mesas/ donde se apoya el recuerdo, /la gravedad de la ausencia, /el corazón, el silencio*". La carta, tanto como hecho común, o como género literario, no sólo implica una teoría de la comunicación, grosso modo, sino que postula *el diálogo de almas*.

La literatura epistolar tiene una larga historia: desde los clásicos griegos y romanos, hasta los clásicos españoles y románticos. El poema de Miguel Hernández, *Carta*, se inscribe pues en una tradición literaria definida y conocida. Lo que resulta notable en el poema de Hernández es su redondez formal y, sobre todo, el vivaz mensaje de esperanza que late en él. ¿Esperanza de qué? De trascender el tiempo a través de lo que la palabra guarda y promete.

La tradición y la literatura crítica moderna definen al poeta como el depositario de la memoria común, el cantor de la belleza y de la libertad, pero también como un visionario. La empresa del poeta es, pues, algo más que una empresa lingüística. La poesía transforma – trasciende – el lenguaje a través del lenguaje mismo. Recordemos lo que decía Lezama Lima: "La poesía no resiste la escritura". Es decir, la poesía es algo distinto a su registro gráfico, es antes música que formalización de un sentido. Hernández no escribe sobre un paisaje, objeto físico cualquiera o anécdota, sino sobre el hecho mismo de escribir, de comunicarse en plenitud e intimidad, cuyo logro no puede expresarse más óptimamente que en el espacio inmaterial, intelectivo y sentimental de la palabra poética. Por ello, creo que podríamos contextualizar un poema como éste percibiendo que la dimensión específica del género literario de las cartas iría más allá del confinamiento en el texto de unas "voces". Precisamente, no hay inercialmente texto en tanto que la comunicación se produce. Cuando no hay receptor, cuando no hay diálogo, la carta es entonces sólo texto. Y precisamente la carta no tiene otro destino, otra prioridad que la de ser leída por la persona a la que va dirigida.

Ante la desazón por el posible extravío de la carta, y evitando al ánimo crítico probables disquisiciones ontológicas no pertinentes, Hernández especifica con naturalidad dónde se produce la conexión del mensaje: en "*el espacio de tu aliento*", es decir, en la mayor intimidad sentimental de la persona. Si hemos acordado que la poesía crea sus propias leyes a partir del ritmo, - la experiencia primera del ser humano con el tiempo, según Agustín García Calvo -, es en el ámbito de la poesía misma y en el mundo que ella instituye donde debemos localizar la respuesta a la feliz consecución del entramado

dialógico que supone la carta.

Para un Borges, por ejemplo, la historia tiene, ineludiblemente, un efecto acumulativo sobre la cultura, convirtiéndola en un Texto hecho de textos, es decir, en un palimpsesto. Este efecto cuantitativo y penoso de textos sumidos en otros, de textos olvidados o acumulados, lo encontramos en la sexta estrofa del poema hernandiano: las más diversas y apasionadas expresiones del amor, consignadas en manuscritos que se apiñan tristemente en un rincón. Tengamos en cuenta la estupefacción del poeta al comprobar esto y el interrogante humano que a partir de tal imagen podemos plantear. El fin de una carta es la de hacer llegar un contenido a un receptor que posiblemente espere tal comunicación, con la idea, probablemente, de recibir respuesta y continuar así un diálogo pautado por esa condición espacio-temporal. Nada más patético que una carta que no ha podido ser leída. La voz del comunicante ha naufragado en el proceloso océano del espacio-tiempo. ¿Y qué otro simbolismo más ineludible y dramático podemos derivar de esa distancia espacio-temporal que el de la muerte?

Precisamente contra esa condición, contra ese obstáculo que se interpone entre los comunicantes - la muerte - se erige el propósito del poeta. Si bien la *Carta* la dirige Hernández a su amante, es a través del estribillo que va cincelando formalmente el poema, cuando se dirige a todos nosotros, a cualquier lector: *Aunque bajo la tierra/mi amante cuerpo esté, /escríbeme a la tierra/que yo te escribiré.*

Un texto cualquiera puede esperar a su lector, a ese lector, quizá ideal y proverbial que encuentre en tal texto, el universo, la solución que iba buscando. Pero una carta sin destinatario es un mensaje que no ha sido escuchado, una confesión perdida, un proyecto que no se ha cumplimentado, y que, a lo sumo, otros leerán como texto disperso en las mareas del tiempo. Porque no es un discurso cualquiera o una ficción lo que permanece sin merma de la eficacia de su contenido en el rincón de un estante o depositado en los nichos de una biblioteca, sino que lo que se frustra, quizá para siempre, es un mensaje concreto dirigido a alguien, el deseo de comunicar algo concreto a alguien concreto. Fijarnos en un poema como este de Hernández pone a las claras, a pesar de la aventura tecnológica que estamos viviendo, la necesidad de una comunicación auténtica entre las personas, el ardor de verdad que porta en sí la palabra amante y qué barreras puede proponerse superar tal imaginación amorosa.

El entusiasmo por las ventajas que nos ofrece la red se confunde, a veces, con la fascinación que produce el propio instrumento. La facilidad, la accesibilidad, la extrema velocidad de la comunicación internauta son tan útiles como responsables de la producción masiva de un inmenso cementerio de palabras, ingrávido y virtual cuya duración es la de un segundo: el mensaje desaparece tras su lectura. El tiempo de la eficacia a toda costa no es, quizá, el tiempo de lo memorable. Lo que postula el poema de Hernández (ningún poema postula nada, sino que lo revela o lo canta) es la resurrección en la memoria no tanto de los devotos lectores, sino del que se arriesga a expresarse, a entregarse, a comunicarse con autenticidad, a comulgar con el otro en el seno de la palabra.

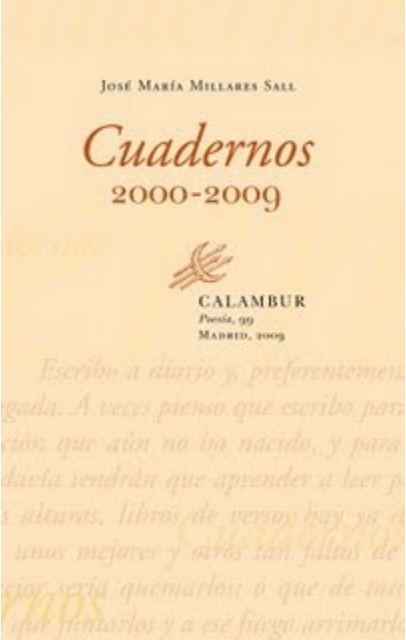
Publicado en Ágora num 22

José María Piñeiro (Orihuela, 1963). Miembro fundador de la revista *Empireuma*, colaborador de la publicación *La Lucerna*. Ha publicado plaquettes de poesía y el libro de poemas *Margen Harmónico*.

JUSTICIA POÉTICA: A PROPÓSITO DE *CUADERNOS (2000-2009)* DE JOSÉ MARÍA MILLARES SALL. PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 2010 EN LA MODALIDAD DE POESÍA

Coriolano González Montañez

Cuadernos (2000-2009)
José María Millares Sall
Editorial Calambur, Madrid, 2009



En Canarias, para los que empezamos a escribir en la década de los 80, el nombre de *Liverpool* era una referencia mítica y mágica. En nuestro imaginario poético primigenio era uno de nuestros libros de culto, aun sin haberlo leído, y José María Millares Sall uno de nuestros poetas de referencia.

No recuerdo en qué momento alguien nos mostró aquellos versos que devoramos y admiramos. Sí tengo noción de que lo tuve en mis manos, ya como una de mis más preciadas posesiones, en la edición facsímil de *Planas de poesía* de 1994 al cuidado de Andrés Sánchez Robayna.

No sólo *Cuadernos (2000-2009)*, la obra que hoy nos ocupa, sino toda su producción poética confirman a José María Millares Sall como un autor en continua experimentación con el ser y con la poesía, un hacedor de versos en libertad. Es por ello que *Cuadernos (2000-2009)* solo nos confirma que estamos ante uno de los grandes poetas en español del siglo XX, un referente ineludible. Los centros neurálgicos de la poesía no tienen por qué

encontrarse en los centros geográficos, en esas grandes urbes consideradas como referencias culturales ineludibles ni siquiera en el catálogo de grandes editoriales. Pequeñas editoriales, valientes editores, tienen más, mucha más calidad y mejores autores que proponen líneas de hallazgo, de apertura hacia otros horizontes más interesantes que los conocidos y anquilosados en fórmulas repetitivas y tediosas. La editorial Calambur es un ejemplo de búsqueda y encuentro con un autor que vivía en la periferia geográfica, pero al que nunca se le podrá calificar como periférico.

Cuadernos (2000-2009) es, en palabras de José María Millares Sall, "una escritura directa cuyo desarrollo se busca haciéndose y se hace mientras se busca". Este libro ahora galardonado con el Premio Nacional de Literatura en la modalidad de Poesía, convocado por el Ministerio de Cultura, no es solo un reconocimiento, póstumo eso sí, a la calidad de estos versos, sino al conjunto de una obra cincelada desde el silencio y la marginalidad de aquel que escribe y publica para unos pocos privilegiados a los que su poesía llegó en vida.

Ya el año pasado, cuando se le concedió el *Premio Canarias de Literatura*, demasiado tarde cuando muchos eran quienes lo reclamaban, comenzó a vislumbrarse una puerta por la que los versos de este gran autor comenzaban a mostrarse a un público más amplio.

José María Millares Sall trabajó hasta el último momento en esta obra, consciente de su enfermedad. Un trabajo pleno de luz, un testamento poético. Ignorado, desconocido durante décadas, periférico en la geografía, nunca en la literatura, *Cuadernos (2000-2009)* es un golpe de guantelete a esa poesía almibarada, aposentada cómodamente en los divanes de la autocomplacencia y de los mutuos halagos de una crítica ciega que no ha sabido ver más allá de una frontera. Nunca el mar, este mar, dio tanto a la poesía.

Cuadernos (2000-2009) es una obra ontológica: el hombre frente al paisaje del alma y el paisaje del recuerdo, de la infancia; el hombre y su lugar en el mundo cuando el fin ya se vislumbra cercano. Escrito con una aparente sencillez de recursos retóricos, con un esquema versal repetido a lo largo de todas sus páginas, sus versos luminosos (*"faros de cegadora / luz"*) nos llevan por caminos llenos de onirismo, de surrealismo, tan cercanos ambos a la tradición poética de los autores canarios. El autor reflexiona a lo largo de los diez cuadernos, o "celdas" como él los denominaba, acerca del hecho creativo en sí, acerca de la naturaleza omnipresente en su vida.

porque no llueve

sólo eso y poemas y voces y seres que andan

sólo eso y su nada

y dios

arriba.

En los poemas se concatenan las ideas, las imágenes hasta desembocar en un final no concluyente sino abierto, como los poemas, materia orgánica que se nutre de sí mismos y que terminan conformado un todo, una naturaleza nueva y revivida, reinventada. Poemas atiborrados de emoción, de mar, de infancia marina, recobrada y luminosa.

y entonces nos dormíamos

para que la mañana

con su luz volviera a nuestro encuentro

a ser de nuevo

toda

la playa.

Y, aunque el recuerdo también es pérdida y dolor,

Escuchas

pero no acudes ni oyes

ni al ojo atiendes ni al agua que se ciega

Hace

frío esta tarde

y la playa y la sombra de su orilla

está desierta

y hasta el mar se aleja.

al poeta siempre le queda la reflexión, la introspección, la reflexión sobre la poesía.

nace el poeta y leve pasa y resta luz su mano

y leve en la raíz se adentra del silencio

El propio José María Millares Sall afirmó en su prólogo que estos versos “no son lectura para todos sino para quienes leen pensando que lo que leen es, sencillamente, poesía, no versos".

Cuadernos (2000-2009) es el legado de un autor irrepetible al que se le ha hecho justicia, un autor que llevaba tatuados en su alma el silencio y la soledad de los que ahora se le rescata.

Estaba
en la ausencia
pero allí no me encontrabas
que allí sólo solitario en la hoja
de un árbol estaba
y de ti era de nuevo un juego extraviado
oculto en el color de la madera
y de ti el pájaro
y de ti la montaña que subía
pero tú no me encontrabas aunque sabías
que estabas conmigo unidos
en la soledad de nuestro silencio
en el agujero negro de la luz donde siempre
en esa ausencia
con los ojos
nos escuchábamos.

Publicado en Ágora núm 21

Coriolano González Montañez (Santa Cruz de Tenerife, 1965) es profesor de Literatura, tiene una extensa obra poética, en la que destaca su personal dedicación a la poesía en forma de diarios de viaje. *Cuadernos de viaje. Notas* (publicado por Baile del sol) y *La luz*, son algunos de sus mejores libros.

JOSÉ CANTABELLA

LOS SUEÑOS COTIDIANOS

Editorial Azarbe, Murcia.

LA CALA DE CALNEGRE

Es primavera
y la cala de Calnegre,
como tú, es
una mujer salvaje
de cuerpo exuberante,
bella, inteligente y sensible,
y hay
en sus luces y sombras,
sobre su arena blanca,
entre sus rocas negras
o en su mar azul,
la misma interrogación
que hallo en tu boca.

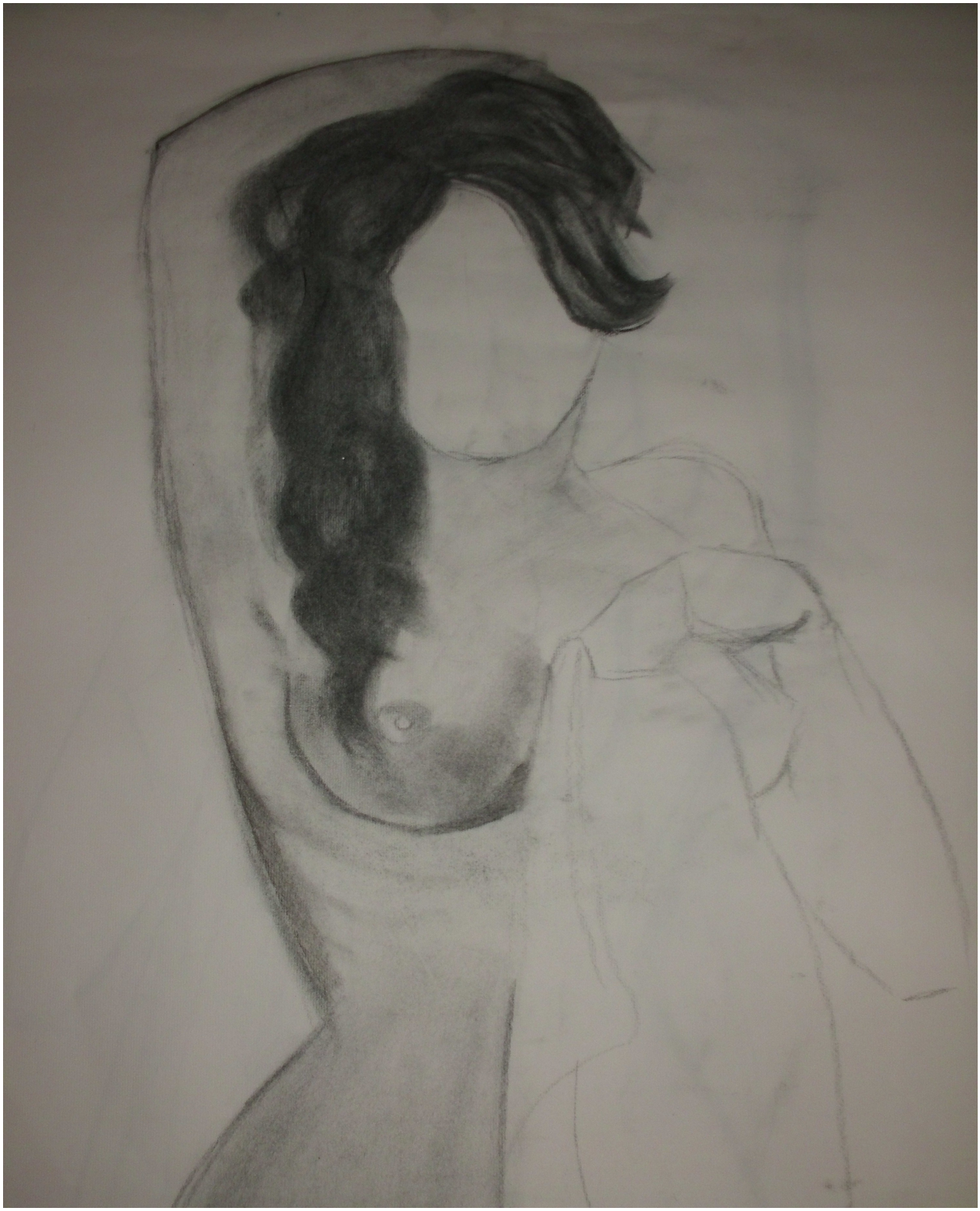
SI ES QUE ALGÚN DÍA MUERO

Ya no existe la casa, igual
que no existe el pasado.
(Rosa Romojaro)

Si es que algún día muero
o si una noche me echaras en falta,
no me busques entre libros,
ni en las tertulias literarias
organizadas por los amigos,
ni siquiera en el bar más cercano,
tampoco en Madrid, París o Londres.
Búscame allí,
en aquél humilde lugar que un día
fue mi casa,
donde mi padre plantó
aquellos árboles.
Búscame en ese lugar, sin duda,
pues allí estaré sentado,
esperándote, sobre la dulce sombra
de aquellos tres pinos
llenos de memoria, vida y esperanza.

José Cantabella (Murcia, 1963) ha publicado, primero, libros de relatos: *Amores que matan*, *Historias de Chacón*, *Llegarás a Recuerdo*. A partir de 2009, en que publica su primer poemario (*Afán de certidumbre*) se ha dedicado con más intensidad a escribir poesía, y en 2011 saca a la luz *Los sueños cotidianos*, libro al que pertenece el poema “La cala de Calnegre” y “Si es que algún día muero”. Dirige la revista *Lunas de Papel* y hasta hace unos meses el programa radiofónico de literatura La Torre de Papel.Premio de Honor de la revista Ágora 2011, por su labor de difusión de la cultura.

PARTE 2ª



Ut pictura. Fotografía de Carolina Illán /2

POESÍA DE EMERGENCIA SOCIAL

MANIFIESTO POR UNA POESÍA CÍVICA

Trataré de explicar porque creo que hoy sólo es posible escribir poesía cívica.

La poesía cívica no es sólo una propuesta de poética, es el cuerpo, todavía informe, que se ofrece a la figura miserable de la poesía en nuestro tiempo.

Resistencia interior

La poesía hoy tiene la figura de una "resistencia interior". Al poeta le es cada vez más difícil mantener vivo el fuego, la tensión, la fuerza interna sin la cual no es posible que se produzca el encuentro con lo que tiene que decir, para que de ese modo pueda darse el resultado de un poema auténtico. Siempre, en toda época y para todo poeta lo ha habido, pero, hoy crece más el peligro de que se adormezca la fuerza interior creativa. ¿Y por qué? ¿Qué tiene nuestra época de especial? Cada uno de nosotros podemos ejemplificar o señalar muchos tipos de peligros que rodean al poeta en esta fase de la sociedad de masas, donde todo, hasta el tiempo personal, no "productivo", está instrumentalizado por lo económico, y quizá el peligro peor - estaríamos de acuerdo -, el peor enemigo del poeta es él mismo: que albelga en sí un quintacolumnista al servicio del invasor externo de su tiempo y energías.

Protesta y vigilancia

Pues resulta que ese constatar, en nuestra época, la potencia de desgaste a que está sometida la vocación, la fuerza interior o disponibilidad y necesidad emotivas del poeta, coincide con una general desposesión de sí mismo del hombre.

La resistencia interior, en el poeta y en el hombre actual, es el signo de una actitud de protesta mínima por la falta de acceso a la autenticidad, y una actitud de vigilancia ante la falsa plenitud en que se nos adormece.

Vigilancia no siempre operativa, quién puede tenerla todo el tiempo, sería psíquicamente destructivo. Personalmente, las fluctuaciones de encendido/apagado me producen un estado interior desazonador: es como ponerse un escudo transparente contra los "mensajes" del mundo, que han construido otros intereses distintos a los míos y a los que tengo que prestar todo mi interés. Empezar por no leer la prensa.... ni ver la tele... Hacerse un escudo antimediático. ¿Es posible? No. Entonces, abrirse -a la circunstancia, sin la cual (Ortega) no soy yo; pero de forma vigilante, con este pensamiento acediano, que abrevia por estética: "Yo soy mi circunstancia", donde el acento está puesto en el Yo.

La esperanza a construir por la voluntad creadora

Si todo lo exterior, tanto como lo interior, está mediatizado, quedaría un foco de resistencia, de denuncia de la falsa plenitud que nos aliena, pero, cuidado, seamos realistas, ¿esto es un huero deseo programático, o dice algo que agarrar?

Aquí surge, entonces, una característica de la poesía cívica, que Maximiliano Hernández Marcos ha señalado, y que tiene que ver con la esperanza. ¿Por qué van solidarias poesía cívica y esperanza? Yo eso lo vi con toda verdad, y con toda la envidia mía también, en Miguel Hernández. El poeta de verdad tiene el deber de dar esperanza. La poesía no es, si hablamos en serio de poesía, lo que nosotros queremos si no lo que ella quiere en su esencia, que no es Platón, es tiempo, historia humana.

La poesía está alicorta si no da esperanza: la crítica, la ironía, la... lo... todo eso sólo tiene valor si finalmente da coraje y esperanza al hombre, de cada época, para vivir y enfrentarse a los problemas de su tiempo y a los de la propia existencia finita.

Bien, ¿y qué ocurre cuando el poeta concreto no tiene esperanza alguna? O ¿está como yo dentro del invernadero de un pensamiento negativo o ha regresado y va al escepticismo? ¿Cuando hoy no creemos que la poesía sirva para nada, y efectamente no sirve para nada? La poesía parte de la batalla perdida con su presente. Curioso que esto lo diga quien cree en la poesía cívica.

Dialécticamente, hay aquí otro círculo. Nudo gordiano. Los extremos se tocan. ¿La poesía cívica no es lo mismo, entonces, que la poesía intimista (Bécquer): si su raíz está en la resistencia interior, y si, como en algunos momentos, parece atraída por el desengaño y la negatividad hacia el presente de la situación histórica?

En el siglo XIX Bécquer podía entenderse y refugiarse en su yo íntimo, porque ese yo aún no estaba afectado por la duda de sí ("El canto más personal es un montón de sombra que te han puesto ahí otros, en tu cabeza", dice Acedo, un siglo después de su admirado Bécquer).

Era así y de forma auténtica, "inocente" sólo si lo juzgamos desde nuestra situación. Y por no ser una huida falsa, inauténtica, podía ser buena, genial incluso, la poesía intimista de Bécquer.

Hoy, no: sería una falsedad, y de ahí solo salen malos poemas, todo ese conjunto de poemas líricos inaut*énticos, que se escriben a capazos.*

Más allá de las narraciones, el foco en el futuro

El yo personal, íntimo, ha sido invadido desde hace tiempo por el "yo narrado", ese yo narrado que ha adoptado el formato general del mundo narrado, preconstruido, en que nos hacen vivir los lenguajes económicos. Nuestro presente, incluso, es un presente ya narrado, descrito en sus incertidumbres: no estaba desacertado en su vaticinio Orwell. Lo peor no es, hoy, saber que estamos dominados, que otros mandan y deciden por nosotros; tampoco el saber que nos manipulan y engañan (esto era lo que se daba antes y se sigue dando ahora); lo peor es que sospechamos, ya hoy, que el Poder, aun manteniéndose como

tal, ha perdido la coherencia, la visión racional de sus fines, el sentido del argumento que impone, y que se (di)vierte en fabricar múltiples y descabalantes relatos, microrrelatos cada vez a más corto plazo.

Es mentira que el futuro, que también nos dicen que está narrado ya, lo tengan en sus manos.

La poesía cívica entiendo que ha de poner su foco en ese "futuro", que es lo abierto, lo no narrado, un futuro exento también de la visión personal del futuro por parte del escribe, pues esa visión ya viene narrada, y en mi caso tiende a ser muy escéptica.

Casi siempre escribimos con el foco en el pasado, ahora toca poner el foco en ese futuro esencial del ser humano, y traerlo como cuña para introducirlo en los huecos que asoman en el discurso preconstruido, que nos diseña el futuro desde una única y cosificada visión del presente.

Realismo comunicativo

Termino recordando el realismo comunicativo que es la condición asumida, en la poesía cívica, del lugar del poeta en nuestros días. El poeta ha asumido su condición de un ser humano corriente, y desde ella habla. Cuando me refería antes a la dificultad de mantener la fuerza interior, la fuente del poetizar, en un mundo de cotidinianidad cada vez más secante, partía de ese lugar.

Claro que en otras épocas el poeta se "ayudaba", para mantener su singularidad aparte, bajo la barrera de una condición casi divina, o marginada, bohemia. Todo eso es hoy ya falso, más que los billetes de cien pesetas.

Lo difícil, y lo que hemos de asumir, es que el escritor es un tipo que escribe en medio de todas las contradicciones y problemas de cualquier ser humano de su tiempo. No hay un "bios" del poeta, como tampoco del filósofo o del religioso. Los hubo. Soltería, independencia moral, hasta una dieta específica. Todo eso, repito, es hoy falso, además de imposible. Quien se crea que así puede ser poeta, filósofo, o lo que sea, se miente y se hace una falsa composición del tiempo.

Cómo, desde dentro de la misma situación histórica alienante de cualquier hombre de su época, el poeta se plantea su función irrenunciable, esa es la tarea que tenemos que realizar, y un principio de verdad del que partir al menos.

En ese principio de verdad, que no es una pose más, se cifra la posibilidad de que, de nuevo, la poesía se entienda a sí misma como comunicación. No porque el poeta, como antes, venga con un mensaje desde otra parte, para comunicarlo, y suponiendo que la comunicación era un derivado del proceso de la escritura y, además, dando por hecho que el receptor estaba "a priori" obligado a prestarle atención. Sino porque la poesía se ha ganado el derecho a plantearse de nuevo como comunicación, como "otra forma de comunicación", desde su misma esencia, proyectando su figura actual inmersa en el mundo y corriendo todos los peligros de la banalidad y la cosificación para rescatar algo que merezca la pena ser dicho y compartido.

Fulgencio Martínez

TEXTOS MAGISTRALES

JOSÉ LUIS ZERÓN HUGUET

LA NIÑA DE SREBENICA

Vive sola en una vieja casa del extrarradio.
Trabaja duro en un hipermercado.
No tiene amantes porque cree que todo cuerpo
es un tirano salvaje.
Perdió a su padre y a sus hermanos
el día en que los bárbaros entraron en la ciudad
en la que fue niña y soñó,
la ciudad entregada a las fauces de la abominación,
la ciudad de semblante borroso donde todo
está como si nada hubiese sucedido.
No ha renunciado a nada porque nada tiene
salvo la vergüenza de los supervivientes
y la necesidad de olvidar lo que todos han olvidado.
Ni siquiera tiene palabras que puedan expresar
lo que ocurre en su interior,
sólo vocablos áridos, severos, hirientes,
como el filo de su desamparo.
Ningún manojo de palabras sirve
para describir el naufragio
y la condena de una conciencia malherida
que ni siquiera sabe pedir venganza por los 8.000
hombres y niños asesinados en aquella
ciudad que ya no es la suya.
Aquello pasó hace quince años,
la ciudad donde fue niña está lejos, muy lejos;
pero algunas mañanas, muchas mañanas,
cuando se dirige al trabajo,
no ve paredes sino paredones,
y las casas son guaridas
y los árboles patíbulos
y los puentes abismos.

Pero algunas noches, muchas noches,
cuando trata de dormir, oye
los aullidos de las madres
y el llanto de los niños
y las súplicas de los padres
y el motor de los camiones
y las patadas en las puertas
y las maldiciones
y las amenazas y los libidinosos jadeos
y siente garras en su piel y saliva en sus ojos.
Aún es joven, muy joven y está exhausta en tierra extraña,
pero seguir viviendo es su humilde desafío a la muerte.

José Luis Zerón Huguet (Orihuela, 1965). Dirigió la revista *La lucerna*, y actualmente codirige, con Ada Soriano, *Empireum*a. Ha publicado plaquettes de poemas y los libros *Solumbre (*Ediciones *Empireuma), El vuelo en la jaula (*Cátedra Arzobispo Loazes, Universidad de Alicante*), Ante el umbral* (Instituto de Cultura Juan Gil Albert, Diputación de Alicante) y *Las llamas de los suburbios* (Fundación cultural Miguel Hernández, 2010).

DOS POEMAS DE SANTIAGO MONTOBBIO

LA FRUTA REDONDA DEL AMOR,
su última puerta, que a Dios
nos lleva, o corazón adentro,
a tierras frescas, donde
fermenta el tiempo y por una vez
adquiere sobre labios un sentido.
La fruta redonda del amor.
Vale la pena empeñar la vida
en subir al árbol que la tenga.
Pero no siempre la mano llega.
Vivir es más difícil. A veces vivir
es vivir sin amor, y alentar escondido.
Pero también nos nutre lo perdido.

LA UNIVERSIDAD DE LOS ESTUDIANTES QUE NO APRENDEN.
Está en el centro de la ciudad, en el mejor
sitio. Desde allí se pueden dar paseos o meterse
en los bares, los billares, coleccionar
horas muertas dentro de ellos y sus cigarrillos y cervezas,
cultivar con libertad la soledad y también
crecer y abandonarse en el calor de alguna charla.
La juventud es para esto. La juventud
persigue una verdad tras las palabras y sueña
con que al mundo lo haga nuevo el arte,
este arte que acaso luego se limita, resulta más cerrado,
no consigue traspasar las fronteras de uno mismo
y no tiene así tantos posibles caminos, tantos
misteriosos sentidos. No es tan pleno ni tan rico.
Es más pobre en su destino, como pobre
es uno mismo. Esto se empieza a aprender
en la Universidad de los estudiantes que no aprenden,
quiero decir que no aprenden en ella, que a ella
no van nunca, porque la vida es suficiente escuela
y nada importa más que el arte
y el arte no se aprende
sino que sólo se siembra, germina, madura y se recoge.
El arte anda ligero y también se hunde en el abismo.
El único estudiante que él admite es aquél
que en la Universidad no aprende y lo busca y lo persigue
por los misterios oscuros de sí mismo y los vendavales
imprevisibles de la vida.

De *La poesía es un fondo de agua marina*, El Bardo, 2011

Santiago Montobbio (Barcelona, 1966). Autor de varios libros de poemas. En 2009, después de veinte años de silencio, volvió a escribir poesía con gran intensidad. De esta nueva obra poética se ha publicado una selección en París y ahora, en diciembre, un libro con un conjunto representativo de la misma en la colección El Bardo, titulado *La poesía es un fondo de agua marina*, al que pertenecen estos poemas.

JOSÉ MARÍA PIÑEIRO

DOS POEMAS DEL LIBRO INÉDITO *PROFANO DEMIURGO*

Cada poeta es vigía de un territorio concreto del verbo,
de una sola palabra que se ramifica en otras, colindantes.

Cada poeta es vigía de una frecuencia específica de ecos,
de mundos que devienen,
del sueño que sueña las consumaciones y los comienzos.

Cada poeta es vigía del lenguaje,
de lo que acontece,
del navío quieto y proceloso que es la memoria,
vigía de su propio poema,
creador y vigilante de una metáfora única:
la que anima e irriga todos sus poemas.

Cada poeta define un mundo
sin instalar códigos
sino viendo cómo juegan los símbolos
en hemisferios dispares.

Cada poeta es vigía de la misma rosa
que se repite distinta.

Fragmento III de la primera parte, “Explicatio”, de *Profano demiurgo*

LEDA Y EL CISNE (de Lonardo Da Vinci)

Entre las sombras dulcemente ardientes del claroscuro,
el cuerpo de Leda, remoto y voluptuoso,
se desliza de su androginia
al primer oro de la eternal tarde
que la consagra pura y acariciante.

La carne es un misterio delicado.
Y la penumbra, equívocamente doliente
en la que, lánguido, se retuerce
el cisne metamorfoseante,
vela con su caricia la ubicación de los míticos cuerpos.

No hay cuerpo abstracto,
y la mano del creador se retira,
terminada su obra.

De este modo, ¿por qué cuestionar los colores de Eros
si en su irisamiento carnal
se desbroza de sí – ejecutándose – la pasión que atormenta?

Poema de la III parte, “Itinerarios”, de *Profano demiurgo*

José María Piñeiro (Orihuela, 1963). Premio Andrés Salom de Ensayo 2011. Miembro fundador de la revista *Empireuma*, colaborador de la publicación *La Lucerna*. Ha publicado plaquettes de poesía y el libro de poemas *Margen Harmónico*.

LA TELA DE PENÉLOPE

MATERIALES PARA UNA MIRADA CRÍTICA

VUELTA AL LUGAR DONDE SE INICIARON LAS PREGUNTAS (III)

Por Fulgencio Martínez

Con esta tercera entrega concluye la retrospección sobre los orígenes románticos del arte moderno, y se analiza desde la perspectiva filosófica el peligro de banalización del arte en la época actual.

CITA CON SCHELLING Y HEIDEGGER

Las consideraciones que hemos expuesto en las entregas anteriores querían hacer ver que, por una parte, la Modernidad, desde el Romanticismo, asume la manera y la evolución de los estilos artísticos (ahora en plural), quintaesenciada en las vanguardias, como una revolución constante de la sensibilidad, de las formas, y, sobre todo en el siglo XX, del lenguaje. Lo que ocurre es que, en el olvido de que el lenguaje técnico va unido a la idea, se expone la Modernidad a la banalización de la evolución de sus procesos y estilos formales. La crítica al propio progreso artístico será un asunto central de la Modernidad, forjadora de sus propios mitos y de su crítica.

La consideración del arte como lenguaje (que culminará en las vanguardias del XX) acarrea su necesidad de continua renovación formal, pero también la heterogeneidad y dispersión de las artes, descontextualizadas respecto a un sentido global de arte tanto como de un proyecto de época.

La autonomía se entenderá como autonomía de cada arte y como variedad de lenguajes o maneras que, formalmente, no guardan un estilo común. No se puede ya decir de ningún estilo o manera que represente la Modernidad surgida del proyecto romántico. como se decía de **David**: que era expresión del estilo neoclásico. ¿Qué artista representa en su manera el romanticismo? Hay casi tantos romanticismos como creadores. Con razón dirá **Baudelaire** que el romanticismo es una “manera de sentir”.

Ahora, quiero referirme a un aspecto político, general, que hila con las reflexiones últimas del libro de **Schelling** *La relación del arte con la naturaleza.*

"El arte debe únicamente su nacimiento a una viva conmoción de los poderes más profundos del alma, que llamamos entusiasmo". Schelling, con esta frase, no se refiere solo al entusiasmo del artista creador, del genio -a pesar de la divinización del genio que se le adjudica al filósofo de Jena- sino más del *espíritu de época*, del medio social en que el arte cobra sentido. "No es a las fuerzas individuales a las que hay que tributar este honor, es al espíritu que se desarrolla en la sociedad entera.... Hace falta un entusiasmo general por lo sublime y lo bello, como el que, en tiempo de los Médicis, hizo manifestarse a tantos genios a la vez".

Y desde esa nostalgia, Schelling apunta a una conexión concreta, revolucionaria, entre arte y política, incluso a una configuración política determinada, que sirve de ejemplo: la república ateniense. Aunque pronto su énfasis revolucionario lo atempera con una alternativa conservadora, que delata su escisión (y la de gran parte del romanticismo y la modernidad) entre lo ideal y lo conciliador, y una ligera nota cínica.

"El arte -dice Schelling- necesita una constitución política semejante a la que nos presenta Pericles en su elogio de Atenas, o aquella en que el reinado paternal y dulce de un príncipe esclarecido nos conserva..."

El discurso de Schelling (recogido en el libro que comento) fue pronunciado el 12 de octubre de 1807, en la Academia de Ciencias de Munich, con motivo de la onomástica del rey de Baviera. Un acontecimiento social que encumbró al filósofo, y al que pudo asistir, con emoción y orgullo, su mujer, Carolina, que se había ya divorciado de Augusto W. Schlegel, y que moriría solo dos años más tarde.

Reinvindica Schelling, además del favorable apoyo político, la libertad del artista y la

autonomía del arte respecto a los poderes. “El arte y la ciencia no pueden moverse más que en torno a su propio eje. El artista...sigue la ley que Dios y la Naturaleza ha grabado en su corazón, y no conoce otra. Nadie puede ayudarle; debe encontrar ayuda en sí mismo.

Así diría en un poema **Hölderlin**, su compañero de Tübingen: Cuando te fallen los maestros, pídele consejos a la naturaleza.

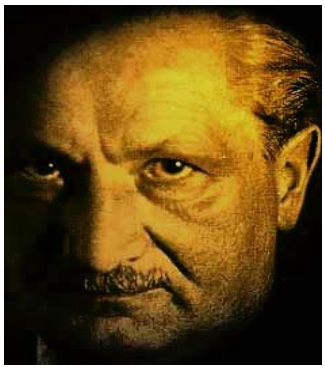
El artísta tampoco encuentra más que en sí mismo su compensación. Por tanto, “nadie debe ordenarle ni trazarle la ruta a seguir”.

Termino haciendo constar, por un lado, en el romanticismo, esta llamada a la libertad y autonomía del arte, y por otra lado, su deseo de implicar el arte en los “destinos del género humano”, como dice Schelling.

El arte tiene, pues, un sentido de vanguardia, una misión de contagiar entusiasmo, por lo sublime y lo bello, y de algún modo necesita del Estado para su realización progresiva de formación humana.

En el primer Romanticismo, heredero de la Ilustración, pese a las contradicciones que conlleva y a las crisis que anuncia, hay un proyecto que da sentido al arte como tarea de perfeccionamiento de las capacidades individuales y de hacer aparecer los destinos de una época: capacidad anticipatoria que no deja de ser inquietante cuando se entienda el arte como expresión nacional.

Quizá lo más valioso, creemos, del diálogo moderno con la reflexión iniciada por Friedrich Schlegel y continuada por Schelling sea el mantener despierta hoy la pregunta por el sentido del arte en la era de la técnica. A pesar de lo difícil y a menudo esotérico de su reflexión, hemos acudido a una obra de Heidegger (*La pregunta por la técnica*) para reencontrarnos con algunas de las intuiciones de aquellos autores románticos.



Heidegger (en esa conferencia donde se encuentran sus últimas reflexiones sobre la técnica) parte del peligro oculto de que la técnica haga ocultar la realidad. “En medio del peligro que, en la época de la técnica, más bien se oculta que se muestra”, el peligro de que la técnica (y en un sentido amplio, *tecné* abarca a la filosofía como búsqueda de la verdad, y al propio arte) ya no *haga salir*, brotar lo que *nos salva*.

Como fondo de esta reflexión hay que recordar los dos versos de Hölderlin: “Donde hay peligro/ crece lo que nos salva”.

Quiero hacer una lectura no teológica ni mesiánica de este esfuerzo del pensar de Heidegger. ¿Podríamos mantener aún la esperanza en el sentido final de nuestras construcciones, de nuestras producciones: de nuestras inquietudes en torno a la "aletheia", en fin: en el sentido del arte?

Si volvemos a enraizar, diría Heidegger, la técnica, el arte, el pensar con el habitar, sí.

Pero, para ello, debemos tener conciencia primero de la penuria de nuestro habitar, cada vez más estrechado de suelo vital. Cuando el hombre constata la falta de suelo vital en que mora (su alienación respecto a lo que Heidegger llama Cuaternidad - el cielo, la tierra, los dioses ausentes y la comunidad humana, la historia) deja de sentir la penuria; de lo contrario, su olvido, su confinamiento unidimensional le convierte en el ser más miserable; en un mortal alienado, no consciente de la posibilidad abierta a su esencia de mortal: la posibilidad de estar abierto a los cuatro puntos de la rosa de los vientos, al cuidado de aquella Cuaternidad que le pertenece, y donde encuentra sentido todo "hacer" del hombre.

El arte, desde el proyecto ilustrado, y en Schiller, en Jena y el romanticismo de Schelling y Nietzsche, emprendió un proyecto de liberación del hombre. Como hemos visto, con distintos matices, se continúa en estos autores citados. Pero, en el camino, se fue perdiendo, no la seguridad o el sentido en dicho proyecto, sino la certeza sobre el propio arte (arte mercancía, arte como lenguaje en sí o de otra cosa (símbolo), arte fagocitado por el *continuum* de la técnica en un producir desatado y convertido en reinterpretación sonámbula de sus gestos formales).

Este artículo concluye constantando la afinidad profunda entre las dos orillas de la Modernidad, la iniciada con el proyecto romántico, basado a su vez en el ilustrado, y la orilla del siglo XXI en que vivimos. Volvemos con la mirada al lugar aquel de donde se iniciaron las preguntas, y nos damos, si acaso, cuenta que, en el intervalo de más de dos siglos de Modernidad, sólo hemos alcanzado una cosa: recordar que ya un día, como en el cuadro de Friedrich, estuvimos de frente al negro océano, sin retirar la vista. Una fotografía de ese aparecer único del que somos hoy, una fotografía en blanco negro, es el romanticismo. ¿Documento -diría Foucault- próximo a borrarse en la arena del mar?

BIBLIOGRAFÍA:

- Simón Marchán Fiz: *La estética en la cultura moderna.* (Alianza Forma, Madrid 2000)
- K. Paul Liessmann: *Filosofía del arte moderno. (Herder, Barcelona 2006)*
- Friedrich Schelling: *La relación del arte con la naturaleza. (Sarpe, 1985, Madrid.)*
- J.L. Villacañas*: La quiebra de la razón ilustrada: Idealismo y romanticismo. Cincel, Madrid, 1988*
- Martín Heidegger: *La pregunta por la técnica.* (Ediciones Folio, Barcelona 2007)
- F. Hölderlin: Poesía. (Libros Río Nuevo, edición bilingüe, Barcelona)

DIARIO DE LA CREACIÓN

PANORAMA DE LA POESÍA ÚLTIMA

RUMI AL-YERRAHI

Breve diario de un viajero

I.- Luna de octubre

En un ademán de abandono la noche
cayó en la montaña, ahogándose en ella
hasta lamer los bordes frescos del río.

II.- El sueño de un pájaro

Un hombre que caminaba tranquilo entre
el bosque quedó enzarzado sin remedio
en dos escarpas, que lo ahogaron de trinos.

III.- Contemplación de whitman

Baña la tierra en su lecho matutino
cuando el algodonal se estira, y deslava
los campos en blanco, y deslava las nubes.

Rumi Al-Yerrahi (México D.F., 1988), es filósofo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha colaborado en *Reflexiones Marginales*, *La hoja de arena*, *Escenarios XXI*, *Opción*, *Bonsái*. Es cofundador de la revista electrónica *Cuadrivio*.

NOELIA ILLÁN CONESA

TU PARTICULAR SÍNDROME STENDHAL

Estás aquí en la maleta,
entre los calcetines, los discos de Camden
y aquel artilugio vibratorio del *Soho*.

Estás entre la poca ropa que se puede llevar
(10 kg máximo, 40x50 cm de medidas.
Se abonarán 10 euros por quilo sobrepasado),
y los libros de la *European Book Shop* de Warwick Street.
Panero y sus locuras.
Luis Antonio de Villena hablando de Biedma
con intimísima destreza.

Estás aquí con tu flequillo de Lady Gaga,
o tus pelos de "vivan los ochenta, *like a virgin*"
y las pechugas que volvieron loco a Nosferatu
en la fría noche de noviembre.

Estás pequeña y radiante con tu singular stendhalisimo
en un *quasi* mosaico bizantino de *Westminster Cathedral*,
donde aparece dorada y mágica *Aya Sofya*
(y el recuerdo de tu boca abierta en Istanbul).

Te bebo en este café horrendo y tu sabor me alivia,
ese café que aquí tanto gusta, filtrado con calcetín.

Y entre esas aguas turbias (sin sentido ni cafeína),
apareces tú y tus mofletes colorados,
sonriendo en la noche helada,
más alta que los frescos de la Capilla Sixtina
o que estas campanadas oscuras de *London City*.

Noelia Illán nació en 1983 en Cartagena. Licenciada en Filología Clásica, es profesora.

BEATRIZ BAÑUELOS MARCO

DESPUÉS DE RALPH TOWNER

El centeno acaricia el aire,
y tus dedos las cuerdas
de una gravilla que araña mis pensamientos.
El pasado vuelve a la orilla,
dulce, fluye suave, como deshielo.
Recuerdo el olor de las adelfas,
y el áspero lamer de los terneros.
Se han fundido mis deseos,
los presentes, pasados y futuros.
En una mesa de madera entre chopos,
ocultos los gemidos…
No podría escribir esto en silencio.
Se necesita el motor de un sonido,
para arrastrar una idea tan abstracta,
necesito que se remolque en una sensación,
y hacerla tropezar entre las otras.
Ahora sí, he agarrado la abstracción,
y al mismo tiempo se hacen gotas
las rendijas de mi tacto.

Beatriz Bañuelos Marco, nacida el 15 de Septiembre de 1985 en Madrid; realiza estudios de Medicina en la Universidad Autónoma y ejerce actualmente como médico. Tiene dos libros de poemas inéditos.

CARMEN BERASATEGUI

A TIENTAS

Cada vez que hablo contigo
me veo caminando a ciegas por un sendero
Cada palabra es pronunciada lentamente
poniendo mimo y un poquito de miedo
en cada sílaba
observándote con cierta expectativa
a ver si me miras azul cielo o nube negra
No reúno nunca la frase perfecta, siempre
está la palabra inoportuna que te empuja a la espesura
Callas con ese silencio violentamente dañino
y repartes grietas y vasos rotos con tu mirada
Veleta desorientada, yo te amo
Pero flaqueo, al final dudo
si dejar el sendero
o continuar a tientas…

Carmen Berasategui, editora y gestora cultural. Escribe poesía desde joven y forma parte del grupo Prostíbulo Poético en Barcelona, un formato de recitales de poesía nacido en Nueva York, interesante y divertido.

JOSÉ MARÍA HERRANZ

POÉTICA

1

"Toda poesía es la música del cielo."
Fulgencio Martínez

El cielo no es un lugar.
Es el norte que soñamos, el dibujo
que la diosa traza en nuestra frente,
el sonido que resuena en corazones solitarios
y gloriosos, el sexo incólume
del hermafrodita.

La música no es un sonido.
Es un ser vivísimo que interpreta
la canción de nuestra sangre,
los pensamientos confusos y extraviados,
los augurios del jinete invisible
que extrañamente somos.

¿Entonces qué es la poesía
sino la marca terrible de tu amor
en mi cuerpo, en mi mente,
en la construcción de mi alma abrasada
por tu majestad? Dímelo y concédeme
por última vez tu sexo perfecto, enajenante,
y así podré morir.

José María Herranz es editor y poeta, autor de una antología de poesía española actual. Autor de los poemarios *Oráculo de la amistad* (Vitrubio) e *Hijos de la miseria*. Ha publicado, en la colección Libretos de Poeta de Cabra, un tercer libro: *Las razones del lobo*.

JUAN TOMÁS FRUTOS

GOLPES

dedicado al pueblo griego

Golpes, miles de golpes.
Los hay por doquier,
rompiendo miradas y sueños,
quemando futuros, segando
el alimento y el agua
de generaciones rotas
por la codicia y la envidia.
Más golpes, golpes
que rompen el alma,
y no dejan huella conocida.
Hay cementerios llenos
de golpes, de heridas,
de muertos, de hambre,
de enfermedad, de dolor…
Y como ejemplo, esa joven
que no conozco,
pero que podía ser mi hermana,
que seguramente lo es,
muerta a golpes
por un sistema que no cree
ni en sí mismo.

Juan Tomás Frutos es periodista y escritor. Profesor de Periodismo, editor de los informativos de la Televisión murciana y Presidente del Colegio de Periodistas de la Región de Murcia.

RELATOS

La Letra Garamond que ya no juega con Verdana

Por Lidia Herbada

> "Cuando mis cronopios hicieron algunas de las suyas en Corrientes y Esmeralda, una heminente intelectual exclamó: ¡qué lástima, pensar que era un escritor tan serio!"
>
> *Cortázar*

La letra garamond vivía en el tercer piso de la sexta, tenía aire achatado en sus laterales. Era la primera en bajar y posarse en el folio, como una mariposa despliega sus alas. Verdana era una vieja sirena, venía del mundo funcionarial, donde siempre se la reclamaba para las rúbricas en los impresos. Garamond siempre soñó con poseer a folio, era un tipo infame, quizás demasiado puro, había sufrido varios sustos en su vida por lo que fue perdiendo el color.

El primer susto fue cuando haciendo honor a sus dotes de conquistador, quiso tocar a Times, una mujer utilizada por todos, "La ramera de las letras". En una noche de desenfreno y metido en sangría, Garamond, abrió la puerta y no pudo contener el llanto, este era desorbitado. Tanto que los gemidos se oyeron hasta el primero. Allí estaba gótica, tan retorcida como siempre, con su aire enlutado y su crucifijo en mano. Verdana siempre tan ocupada, compulsando en el registro, nunca apoyó a Garamond, lo que esta siempre lo vio como un desplante a su leal amistad. Antes les gustaba coger el ascensor y que un teclista les subiera y bajara dando al cursor.

Ahora apenas se hablaban. Widdings a veces se encripta para ellas y se hace pasar como espía de Check Point. Es inútil. La amistad se rompió y es que cuando a una Garamond le tocas su folio, además de hacer de este cuartilla, deja de jugar en el rellano de la intrusa.

Y es que Verdana siempre fue un poco times.

Lidia Herbada vive en Madrid; es periodista y escritora. Ha publicado tres novelas (*39 Cafés y un desayuno*, *Sinfonía de Silencios* y *Ácido fólico*). Ganó el XIX Certamen de Literatura Carmen Michelena de la Asociación Cultural El Yelmo, de Beas de Segura (Jaén). Escribe en la revista *Experpento*.

UNA HISTORIA DE RADIONOVELA

Por Carlos Manuel Rentería de la Cruz

Cuando uno esta empezando a conocer la vida siempre sueña con tener o pertenecer a una familia bonita, con valores, llena de expectativas, con sorpresas agradables y sueña también que uno es protagonista ya sea por que se casa y la esposa buscada, soñada y anhelada que le da una familia hermosa, son pieza clave y encajan en la familia, es decir, que la esposa le cae bien a las hermanas que es mucho decir y que las hijas e hijos propios son la adoración tanto para los primos como para los tíos de una parte y de otra.

Cincuenta años después, la realidad supera la ficción, la familia que me tocó a mí, pasó de ser una familia soñada a una familia del montón, ya los sueños de niño se esfumaron con el tiempo y los valores con los que soñaron papá y mamá se fueron al traste. La esposa soñada y anhelada se me fue en dos oportunidades debido a que para mi familia es más importante el dinero, la posición social, el barrio o ciudad de donde vienes, el color de tu piel, etc., pero nunca se fijarán en los valores que nacen, se reproducen y nunca mueren en un ser humano.

La única hija fruto de un amor nunca olvidado y que me lleva a mis recuerdos con nostalgia y mucho amor, ha tenido que pasar al anonimato por su seguridad, la protejo de malas influencias y porque nunca me perdonaría que por una imprudencia de propios o extraños le sucediera algo grave.

Esto parece una radionovela, de las de antes, cuando nuestros padres oían horas enteras, tardes inacabables las novelas que se pasaban en la radio en los años 50’s, 50 años atrás.

Los sueños de mis padres quedaron en simples recuerdos, mis hermanos y hermanas organizaron su vida cada uno independiente de la otra, la unión de que hablaban y soñaban mis papás quedó no el papel sino en sueños de viejos soñadores, sueños de ayer. Ahora cada uno se mueve en su propio eje y cada uno hace lo que le place sin importar si lo que le pase al vecino. Cuando hablo de que mi familia es algo particular es porque tocó meterla dentro del montón, la prefiero allí en donde están todas las familias que uno encuentra en el camino de la vida, en donde está el común de la gente, de adonde nunca debimos haber salido.

En mi familia por ejemplo, hay infidelidades de personas que uno jamás imaginó, como dice el dicho popular: salieron a buscar en la calle lo que tienen bien servido en la casa; otras por el contrario se dedicaron a ofrecerlo al mejor postor, a quién se le hubiese ocurrido años atrás cuando era tan solo una niña de primera comunión, verla hoy en el estado en que se encuentra, repartiendo amor a diestra y siniestra, cobrando lo que le place por unos minutos de felicidad y de goce; de los hombres de la familia ni se diga, afortunadamente a ninguno le dio el gusto por el mismo género, pero sin embargo hay tramposos en los negocios, atracadores callejeros, algunos son buscados internacionalmente por estafa o por terrorismo, en fin, esa es mi bonita familia. Y no es extraño que en cualquier día de la semana en la radio los anuncien como una noticia de nunca acabar.

Que dirían mis padres si bajaran del cielo y miraran la familia que tanto anhelaron y que hoy esta sumida en el abandono y en la mediocridad, que dirían las mujeres chismosas de pueblo que algún día nos imaginaron convertidos a unos en médicos, ingenieros, políticos, mejor dicho en otro plan diferente al que nos vemos ahora, si todas esas personas nos miraran de frente tendríamos que ver la sonrisa hipócrita de todos ellos, porque los sueños de niño, con los que deliré toda mi vida, se esfumaron debido al afán de tener dinero en montones de algunos, buenos carros de otros, buenas casas para unos cuantos, viajar para la mayoría sin importar el lugar del mundo, de darse gustos, pero acosta del sufrimiento de todos los demás, porque aunque no lo crean aún nos afecta en grupo o individualmente cuando oímos en la radio o la televisión y aún peor cuando lo vemos plasmado en un periódico, la fotografía de algunos de nuestros familiares, ya sean sobrinos, hermanos o cuñados involucrados en hechos ilícitos, eso duele, duele en el orgullo, duele en alma, duele porque eso desvaneció el sueño de mis padres, sueños que hoy se los llevó el viento y que nunca volverán.

Para reconstruir mis sueños tengo que hacer dos cosas: una volver a nacer y otra tener o pertenecer a otra familia diferente en donde sea más importante la persona y el ser que uno lleva adentro que los lujos y las comodidades.

Carlos Manuel Rentería de la Cruz es autor de novelas y relatos.

BUSCANDO LA PAZ

Por Aldo Ciallella

Me sentía agotado, hacía tres años que no me tomaba un descanso, más aún el último transcurrido había sido muy demoledor, la enfermedad de mi padre, me afectó enormemente, él siempre tuvo una vida muy sacrificada, pero en los últimos tiempos, sus cosas se le fueron haciendo más llevaderas, había logrado cierta estabilidad y gozaba de la paz espiritual que tanto anhelaba. Pero de repente una terrible enfermedad lo aquejó y lo lleva a una necesaria internación en el Hospital, donde lamentablemente se produce su posterior muerte.

Por eso al año de su fallecimiento decido tomarme un breve descanso, revisé mi vieja Rural Falcón 1968, hablé sobre el tema, con mi Señora y mis pequeños tres hijos, Adrián, Lorena y Ariel, de nueve, siete y cinco años respectivamente y empezamos los preparativos para irnos unos días a orillas del mar a disfrutar del Sol y la arena.

Cargamos todo lo necesario, incluso consultamos los pronósticos del tiempo de las zonas por dónde íbamos a pasar, todos indicaban buenas condiciones meteorológicas, y partimos, nos esperaban 500 kilómetros de una ruta angosta y transitada.

Ya transitando la ruta 29, habíamos recorrido apenas unos 100 kilómetros cuando en el cielo, contrariamente a todos los pronósticos empiezan a verse algunas nubes, luego se enloquecen, giran en cualquier sentido, se empieza a oscurecer, y comienza un torbellino de vientos huracanados, vuelan pastos, hojas secas y todo tipo de suciedades, el aire se hizo irrespirable, cálido y húmedo, el bullicio fue infernal, como un rugir de una fiera desconocida digna de un engendro del averno, se escuchaba una sinfonía de silbidos, chillidos, relinchos y gruñidos espantosos.

La oscuridad incipiente e imprevista, en pleno medio día, se transformó en absoluta, plomiza y pesada, no se veía más allá de los paragolpes del auto, simultáneamente empezó a caer una lluvia espesa, que arranca, arrastra, golpea, diluye, con la enloquecida irracionalidad de las poderosas fuerzas de la madre naturaleza.

Todo estaba complicado, era imposible abandonar la cinta asfáltica, ya que el estado de las banquinas de esa ruta era desastroso, existía el peligro de ir a parar a la profunda zanca completamente inundada, que corre paralela a ambos lados del camino, encendí todas las luces, incluso las del interior, velocidad mínima, veía luces por todos lados, ya que es una vía transitada por muchos camiones, todos con el mismo problema.

Por un lapso de tiempo pareció que volvía la tranquilidad, todo se aquietó, fueron instantes de calma, como si la vida se hubiera suspendido y el alivio, la esperanza, se compenetra en nosotros, pero transcurrido ese bálsamo, de nuevo renace la infinita furia de la naturaleza, recorriendo otra vez su camino de destrucción y pánico, tratando de derribar todo lo que encuentra a su paso, con la ayuda del feroz diluvio, incesante, penetrante y castigador.

Ya solo esperaba un milagro de Dios, aplacando la ira de los vientos y la terrible tempestad, mi señora e hijos, insistían en seguir andando sobre el camino, pensando con justa razón, que manteniendo la marcha, en algún momento dejaríamos atrás la desastrosa tormenta.

Yo estaba indeciso, pero de ninguna manera querría bajar a la banquina, porque todo se veía inundado, lodo por todos lados, me esforzaba por alejar el terror de mi mente. Mis tiernos niños asustados gritaban, aportaban sus ideas, sin dudas el miedo y las preocupaciones se había apoderado de ellos, no soportaban la situación, habían estado durmiendo apenas salimos de casa y se despertaron con algo tan pavoroso.

Solo veíamos luces que se acercaban, algunas imprudentes y velozmente, otras de atrás pugnaban por sacarnos del camino por la escasa velocidad que me animaba a mantener, el cansancio se estaba apoderando de mí, mis parpados se hacían pesados, intentaban tapar mi pupila, de repente aparece en mi mente la imagen sonriente de mi padre, su mirada vivaz me trasmite paz, bondad, me empieza a hablar, haz esto, haz aquello, ten firme tus manos en el volante, velocidad mínima, pie en el freno y embrague, todas las luces y señales funcionando, y un montón de recomendaciones más, pero por sobre todas las cosas era la tranquilidad espiritual que me transmitía, mi cerebro estaba mentalmente en contacto con el escuchando sus indicaciones, como si se hubiera producido un silencio absoluto, ya no percibía las voces de mi señora, mis hijos, el rugir de la tempestad, los bocinazos ajenos, ni los ruidos de los motores circundantes y pronto con el andar mínimo y seguro, fue desapareciendo la tenebrosidad oscura y se fue acercando la luz. Me encontraba sobre la cinta asfáltica, lentamente circulando con mi fiel automóvil y una cola interminable de autos y camiones detrás.

Empezamos a ver algunos lugares libres de agua, las voces alegres y placenteras de mis pequeños y de mi querida Rosita volvieron a mis oídos, y solo me interesaba llegar a un lugar apropiado y seguro dónde estacionar, para descansar y comer algo, hasta que tuviéramos las ganas de seguir hacia el lugar elegido y gozar de nuestras vacaciones.

A medida que avanzábamos un espléndido sol empezó a envolvernos y casi llegando a la localidad de General Belgrano, el día ya se había transformado en algo maravilloso, cálido, acogedor, como si nada hubiera ocurrido, elegimos el parque de una enorme estación de servicio para detener nuestra marcha, descansar y hacer dormir un rato nuestros hijos, era necesario luego de las horribles peripecias vividas.

Mientras dormitaba, cerrando los ojos por instantes, vino a mi mente, unas palabras que mi padre me decía cuando era adolescente: Cuando te encuentres en una situación difícil o con un dilema para resolver, y tienes dudas sobre cómo resolverlos, busca la opinión de la persona que más ama y si ya no la tienes en esta vida, búscala en el santo recuerdo, y si veis en sus labios o en sus ojos, tristeza, dolor o lágrimas, recapacita, detente, frena la marcha, si es necesario retrocede, porque el peligro aguarda en algún lugar, alguien quiere perjudicarte, el enemigo implacable espera tu perdición, pero en cambio sí vez en esos ojos y labios: alegría, aceptación y una sonrisa, adelante estas en la vía correcta para triunfar, que suenen los clarines de la gloria y entonen la marcha triunfal, porque vale la pena el esfuerzo, el éxito que buscas será tuyo.

Aldo Ciallella nació en Italia, emigró a los 10 años a la Argentina.

PER-VERSIONES

VERSIONES DE POESÍA EN ESPAÑOL AL RUMANO

SELECCIÓN Y TRADUCCIÓN DE
DANIEL LACATUS (II)

Ricardo Juan Benítez
(Moreno - Provincia de Buenos Aires)

Gente extraña los poetas

Los poetas son
poco confiables…
no les interesan
cuestiones de horarios
ni detalles mundanos.
Los poetas tienen
por aliado al caos.
Los senderos de lluvia,
los ocasos infinitos,
los amores infortunados,
la tristeza regada con vino.
Los poetas somos
gente extraña…
nuestras vidas, metáforas
de sueños vividos
como en otras vidas.

Oameni ciudati poetii

Poeți sunt
puțin fiabili
nu-i interesează
chestiuni de orar
nici detalii lumesti.
Poeți au
un aliat in haos.
Trasee de ploaie,
apusuri fără sfârşit,
dragoste nefericită,
tristețe asociată cu vin.
Poeții suntem oamenii,
oameni ciudați...
viețile noastre, metafore
de visuri tăite
ca in alte vieți.

Tisocco Gustavo
(Buenos Aires)

La madre

La madre juega a ser gigante
y empieza a parir.

Y le nace
un niño indefenso
como un charco en el desierto.

Y le nace una niña incrédula
como María Magdalena
ante las bestias.

La madre se va haciendo pequeña
y le surge un niño azul,
una niña que no ríe,
otros niños,
muchos más.

La madre desaparece.
Solo flores le brotan de la boca.

.

Mama

Mama joacă să fie monstru
şi începe să dea naştere.

Şi naşte
un copil neajutorat
ca o baltă în deşert.

Şi naşte
o fată neîncrezătore
ca Maria Magdalena
între fiare.

Mama se face mică
şi rezultă un copil albstru,
o fată care nu râde,
alți copii,
mulți alții.

Mama dispare.
Numai flori va germina din gură.

Edilberto González Trejos
(Panamá)

Abrazo

Galletas sobre la mesa.
Manos tiernas: tú.
Ojos prendidos: yo.
Muéstrame el camino a tu alma.

Îmbraţisare

Biscuiţi pe masã
Mâini drãgãstoase asupra-ţi
Ochi strãlucind a iubire asupra-mi aţintiţi:
Aratã-mi drumul cãtre sufletul tãu

Roxana Arra
(México)

El mismo sol

El mismo sol
que amanece
entre tus párpados,
sostiene en vuelo al ave-
que sospecha un cielo
en tus pupilas.

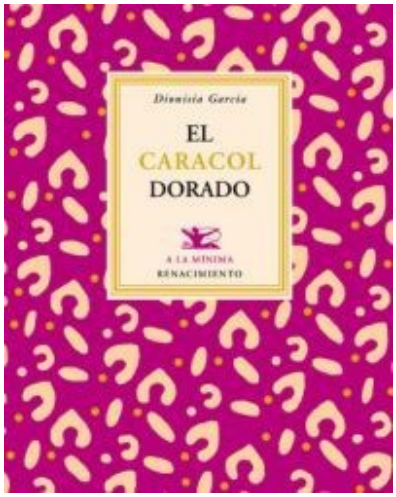
Acelaşi soare

Acelaşi soare
ce se înalţă
între pleoapele tale,
susţinut în zbor de-o pasăre-
suspectez un cer
în ochii tăi

BIBLIOTHECA GRAMMATICA

Libros de poesía

LA SOBRIEDAD INTERIORIZADA



El caracol dorado.
Dionisia García.
Renacimiento, 2011

Dionisia García ha escrito un libro precioso y útil. Sabiamente modulado, el eje de este "caracol dorado" progresa en dos partes: una primera ("Confidencias") a manera de notas de un diario de poeta, y una segunda ("Artificios") compuesta de aforismos de extraordinaria belleza, que ofrecen un compendio de sabiduría para este tiempo nuestro y para todos. El libro es doblemente útil, pues se puede leer como un manual práctico de autoayuda para adquirir lucidez y serenidad; y, además, aporta "herramientas de trabajo" (como se dice hoy de toda propuesta de valor), herramientas de estilo para escritores y artistas.

Dionisia García, albaceteña, afincada en Murcia, vio la luz en 1929: año de crisis como 2011, en cuyo final se publicó esta obra, que lleva en su frontis grabada la palabra crisis no solo en sentido histórico, sino, más aún, en el etimológico: crisis como juicio, examen crítico de la experiencia de una vida. Pero, la autora no ha hecho un libro, como las memorias de Baroja, "desde la vuelta del camino", sino que *El caracol dorado* está sentido y contado desde el propio recorrido azaroso del camino, en el ir hacia una ancianidad cada vez más lúcida y creativa. ("*Adentrémonos en el camino y algo se encontrará*", dice el primer aforismo de "Artificios"). El libro está elaborado (ya en su mismo título) desde la memoria y la plenitud dorada de la inteligencia y la experiencia, pero presenta la frescura de parecer escrito a lo que salga. "*Tardíos: algunos individuos, en los últimos años de su vida, gozan de mentes poderosas*" (de "Confidencias", 221). Una mente poderosa también la de Dionisia García, que sabe que "*El ocaso se retrasa si se siente mirado*" (de "Artificios", 77)

Esta característica inmediata, expresiva y de perspectiva, da a un libro de aforismos (*a priori*, seco e intemporal) cercanía y viveza en su lectura. Por otro lado, el libro está contado como al oído del lector, la poesía se desprende con naturalidad del pensamiento y va con naturalidad al corazón y a la reflexión del lector.

El caracol dorado es, ante todo, un homenaje al libro como objeto físico, y, más aún, como una compañía amistosa a la que dejamos presentarse en nuestra intimidad. "*Una máquina pretendía entregarme un libro impreso y me negué. Necesito otro gesto: las manos de Diego*" (de "Confidencias", 103). Las manos del librero murciano **Diego Marín** conocen los intríngulis de todos los libros y no fallan en su consejo sobre el amigo que nos conviene.

El libro de la poeta se editó en la Colección *A la mínima* - dirigida por el profesor **Manuel Neila**- de la editorial sevillana Renacimiento; se encuentra en la buena compañía de las "Sentencias" de **Antonio Machado** y las "Reflexiones" de **Vauvenargues**. Una *nota introductoria* de la autora nos presenta al caracol cuyo "rastro" lento atesora el rumor que queda de las cosas, mientras el propio caracol desaparece. "*Sólo encontré unas huellas vidriadas, el rastro de un ser aparentemente insignificante*". *Confidencias*, la primera parte, es, como hemos dicho, un mínimo diario en prosa, donde la anécdota es ocasión para que comparezca un pensamiento poético. La segunda parte adelgaza el discurso hasta afilarse en aforismos poéticos de un vigor absolutamente clásico, precisos y preciosos en su pensamiento y musicalidad. Cada lector podría hacer su personal antología de entre estas perlas. Las que yo he recogido se agrupan en núcleos temáticos: la creación artística y literaria, el *ethos* del arte, el paso del tiempo, la preocupación por lo humano y el mundo actual en crisis. Pero, destacaría, ante todo, varias sentencias que aluden al campo semántico del *atardecer;* las presento para destacar cómo la autora logra tratar un mismo asunto desde diversos enfoques.

El aforismo ya citado, y el que más me gusta citar: "*El ocaso se retrasa si se siente mirado*", sugiere una estética, una filosofía vitalista, y también una metapoética, clave general del pensamiento del libro: el pensar desde la mirada, que da permanencia a las cosas fugaces. "*Nuestros esfuerzos en pos de la verdad y la belleza: los libros amados; el cuadro que nos deleitó; las noches de insomnio para atisbar un punto de luz; el descubrir con desaliento que siempre habrá injusticia. Todo, absolutamente todo, se extinguirá como el leve viento de un atardecer*". (de "Confidencias", 10). "*No ataderzcas porque te quedarás solo*" (de "Artificios", 324). Pero, "*Para el humano siempre atardece*" ("Artificios", 16).

El núcleo temático del desasosiego (casi a lo **Pessoa**) ante el mar incesante de los momentos y estados de ánimo que alejan el sueño de identidad, está en el libro que comentamos, en conexión con el sentimiento generalizado de vacuidad que padecemos en este siglo XXI: "*Vivimos una época de disidencias respecto a nuestra identidad de personas*". (de "Confidencias",160). Por contraste, en la primera sección del libro, la mirada se hace, solo por un momento, nostálgica: "*Una naranja era el mundo. La manteníamos en nuestras pequeñas manos sin saber qué hacer*", (de "Confidencias", 202). "*Un carpintero era el hombre que olía a madera y la doblegaba según la necesidad*", (de "Confidencias", 163).

El pensar-mirar, clave filosófica y poética, aporta otro nudo del libro: "*El arte de mirar mejora lo mirado*" ("Artificios", 82). "*¿Qué sería el mundo sin nuestra mirada?*" ("Artificios", 463) "*Asomarse a la calle y caminar con la variedad, vivifica nuestro ánimo, si estamos hechos al bien mirar*". ("Artificios", 142).

Los núcleos temáticos o nudos de la madera del libro se comunican: la llamada a la contemplación sosegada es otro centro del libro: "*La contemplación de un árbol requiere toda una vida*" ("Artificios", 228). Escuchemos: "*Hojecen despacio los árboles y se desnudan precipitadamente*" ("Artificios", 88). "*Oír el susurro de los libros en una tarde*

soledad y paz, es casi tocar el cielo" ("Artificios", 136).

Apelación al sosiego, que no significa conformismo ni autoencantamiento: "*No denunciar la barbarie es contribuir a ella*", ("Artificios", 257), porque, "*Quienes gobiernan la polis se instalan como en casa propia, y les cuesta sali*r" ("Confidencias", 183),

Por lo que, ya no con la nostalgia de una autenticidad perdida, sino con el "ethos"que Dionisia García va dibujando en su libro -con suave beligerancia, si quieren, mas con firmeza frente a la pasividad estética en la que se conforma el escritor mediocre-, denuncia: "*El pasar machadiano se ha convertido en precipitación*" ("Artificios", 470). "*En este siglo XXI la provisionalidad nos acecha. Lo mejor es quedarse fuera, ¿pero dónde?*" ("Artificios", 110). "*Demasiados fashionistas, demasiada atención a la exterioridad. ¿Y dónde la sobriedad interiorizada?*" ("Artificios", 275).

"La sobriedad interiorizada" es un mantra, una receta anticrisis, una herramienta de estilo, una poética, y también un "ethos": una palabra de sabiduría para este tiempo y para todos. Porque ¿cuándo el poeta no lo ha sido en un tiempo de miseria? "Para qué poetas -dijo **Hölderlin**- en tiempos de miseria? Pero son (dices) como los que saben el oficio del dios de las viñas,/ que, en la noche sagrada, vagan errantes de un lugar a otro". De uno en otro transforma el dios Dionisos a sus fieles, con un vino que embriaga y no da pena, que diría san Juan de la Cruz. Sobriedad que el alma aligera es el estado previo de pureza para que pueda darse esa transformación, a la que dedica Dionisia García su libro. Cómo estaremos de intoxicados que ni siquiera podemos entrar en nosotros mismos, menos en un Dios.

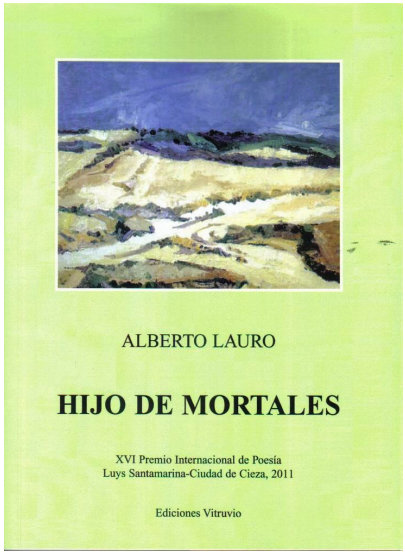
Pero la autora afirma su convicción más íntima, su esperanza, válida para otro ser humano: "*Mientras existimos somos guiados, a pesar de las apariencias*" ("Artificios", 304). "*Para buscar a Dios hay que meterse en Él*" ("Artificios", 307). Nos desea suerte en nuestra búsqueda: "*Piero della Francesca le deseaba suerte a sus personajes antes de pintarlos*" ("Artificios", 334).

Piero della Francesca, el pintor de la luz espiritual, de la interioridad, del claustro medieval, es otro *leit-motiv* del libro. Representa un centro interior de energía: "*Traspasar el "umbral" es comprometerse a hacer el camino y ahondar en su seguimiento, en el intento de encontrar la luz*". ("Artificios", 169). Desde el anhelo hacia el allí-ser otro se comprende el artista, el ser humano: "*El Arte no se comunica, se deja para quien lo sepa encontrar*" ("Artificios", 5). "*Entrar en las cosas del espíritu requiere tiempo pausado. Finalizada la tarea, volver a empezar*".("Artificios", 315). Y así, hasta el último aforismo del libro: "*En el otro mundo me gustaría caer en el apartado de aprender...*".

En fin, *El caracol dorado* sugiere más nudos temáticos, unidos por el hilo sutil de la ironía. Como recuerda su autora al traer un pensamiento de **Wislawa Szymborska**, la Premio Nobel de Literatura en 1996, fallecida recientemente: "Si el yo irónico desparece, escribiré muy malos poemas" ("Confidencias", 125). La ironía metaliteraria, sobre la propia escritura aforística, vuelve aún en el penúltimo pensamiento del libro: "*El genero aforístico va y viene sobre nosotros, pasea nuestras rutas y, a veces, se escapa sin estrenar*". Entre medias, nos deja el tesoro de este libro.

Fulgencio Martínez

HIJO DE MORTALES



Hijo de mortales
Alberto Lauro
Ediciones Vitruvio
Madrid, noviembre de 2011

Poemario ganador del XVI premio internacional de poesía Luys Santamarina- Ciudad de Cieza, es un poemario muy fuerte, muy radical, que, como se apuntó durante su presentación en la Facultad de Letras de la Universidad de Murcia, "*asume con mucha dignidad algunos de los aspectos que no en todos sitios encajan con la misma resolución*" como encajan en el jurado de este premio.

En efecto, se trata de uno de los poemarios más personales que he leído en los últimos tiempos, un libro de una gran sinceridad, donde se habla del amor con una claridad que impacta, se pueda estar de acuerdo o no; como se puede estar de acuerdo o no cuando el autor nos habla del exilio o del encuentro poético con otros autores, porque **Alberto Lauro** mantiene una enorme intensidad, un profundo contenido personal, emotivo, sentimental, íntimo que llega al lector y que, le define como creador poético.

El autor cubano nos contó durante su presentación, en noviembre de 2011, que empezó a escribir los poemas de este libro en 1987, viviendo aún en Cuba, porque es un "poeta muy lento", como se definió personalmente, y los últimos en 2009. Más de veinte años para construir uno de los poemarios más profundos y sinceros que han ganado el prestigioso premio poético de la Asociación Pueblo y Arte de Cieza.

Es fácil encontrar los poemas primeros, los escritos mientras vivía en Cuba, esos poemas que hablan de los césares, de la Roma Imperial, que era su recurso para escapar de la censura siempre vigilante, como en todos los regímenes totalitarios. Amante de los poemas culturalistas, pone en práctica su reflexión de que el poema tiene que dejar una enseñanza emotiva o sentimental, incluso que surja de una necesidad, de una urgencia vital, por que si no es mejor dejar de escribir.
"Si la poesía no es muy personal, emotiva, sentimental, íntima, ¿para qué escribir más poesía?", nos preguntó en noviembre pasado. Pues aquí el lector encontrará todo eso, y más.

Francisco Javier Illán Vivas

LAS RAZONES DEL LOBO, DE JOSÉ MARÍA HERRANZ

Las razones del lobo
-poema dramático- y Sofismas
José María Herranz
ed.Poeta de Cabra, Madrid 2009

José María Herranz compagina su labor de poeta con la de incansable agitador cultural (fue ponente y organizador, en el Ateneo de Madrid, de unas jornadas sobre el poeta zaragozano Miguel Labordeta; es miembro del Círculo de Bellas Artes y antólogo de una reciente antología de poesía actual: *Donde no habite el olvido*). En ambas labores se distingue José María Herranz por su originalidad y por su apuesta al margen de los caminos transitados. Ha escrito un poema dramático ("Las razones del lobo") en esta época en que hasta el drama teatral se escribe en -mala- prosa. Regresa, pues, el poeta a la mejor tradición lírica del siglo XX: a la del Eliot de *Asesinato en la catedral*, o al mismo Cernuda, muchos de cuyos "poemas mayores" son en efecto poemas dramáticos.

El libreto que comentamos, además del extenso poema dramático, recoge también en su segunda parte otra colección de poemas más breves, hilvanados, que se titula "Sofismas". Sigue su publicación a la de dos libros anteriores de Herranz: *Oráculo de la amistad* (Ediciones Vitrubio) e *Hijos de la miseria* (taller de poesía Vox).

Es evidente que el título del poema dramático ("Las razones del lobo") evoca el poema de Rubén Darío "Los motivos del lobo", diálogo entre san Francisco de Asís y el Hermano Lobo; aunque se intuye ya que, en Herranz, el lobo no es el fraterno colega y ameno coloquiante con el pacífico santo de Asís; sino el lobo de la sentencia "Homo lupus hominis", *el hombre es un lobo para el hombre*, que tomara el filósofo Thomas Hobbes al comediógrafo latino Tito Macio Plauto.

La cita latina es digna de recordarla completa, pues se olvida recordarla en su segunda parte, donde se da "razón" de su radical misantropía. Dice Plauto, en la comedia *Asinaria*: "Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit". Lobo es el hombre para el hombre, lobo, no hombre, cuando desconoce al otro.

El poema de Herranz es, en efecto, un grito (en forma de letanía poética), una larga lamentación por ese desconocimiento del otro, causa de la destrucción moral y física del mundo, y que tiene como consecuencia, a su vez, la soledad de la palabra. El puro grito del poema. “Dime cómo hacen el amor las ruinas”, dirá un verso de Herranz. Repeticiones, anáforas, dentelladas, ritmo de tren mecánico que pasa y vuelve a pasar.

Creemos que el *leit-motiv* del poema dramático es la denuncia de la falta de comunicación, y sobre este tema, vuelve el poeta en “Sofismas”, la segunda parte de este volumen de versos. Esta parte se encuentra más cuajada de desengaño personal y de barrroquismo poético. Hermosísima nos parece la coda o, como le llama el autor, “Addenda” a “Sofismas”. Lo dialogal vuelve a entrar en el nudo de esta poesía, a la que, quizá, le sobre un poco de verbosidad -de efusión y fuego verbal-, de la que el autor es consciente, pero no consigue o no quiere siempre contener. También Nietzsche, en su “Zaratustra”, obra genial, tenía esos momentos retóricos que para algunos lectores más fríos no están a la altura de su calidad literaria. Pero, hacer poesía es ante todo asumir riesgos, y José María Herranz, un poeta valiente, no se propondría nunca escribir unos versos correctos.

Fulgencio Martínez

ESTE DON A LA MUERTE, ANTOLOGÍA ESENCIAL DE RICARDO DEFARGES

Este don a la muerte
(Antología poética 1960-2011)
Ricardo Defarges
Colección Calle del Aire, 107
Editorial Renacimiento, Sevilla

Esta antología de **Ricardo Defarges**, publicada en 2011 en *Renacimiento*, recupera una de las voces esenciales (y, hasta cierto punto, todavía marginal) de la Generación poética del 50. Ricardo Defarges, nacido en 1933, no ha tenido -como la tuvo **Gamoneda** en su momento- una recuperación programática. Gamoneda, desde la década de los 90 del pasado siglo, se alineó, contra la poesía de la experiencia, como el maestro de una alternativa poética surreal, y desde entonces ha padecido un esfuerzo de institucionalización que hoy desemboca en la sospecha de muchos lectores (como es mi caso) sobre la calidad sobrevalorada de sus versículos. (Leímos nosotros a **Saint-John Perse** antes que a Gamoneda; por lo que no sufrimos su *impacto*). En cambio, la voz de Defarges solo empezó a ser reinvidicada, por los lectores más jovenes, después de la antología de **Vicente Gallego** en *Pre-textos*, donde el gran poeta valenciano presenta su lectura de la otra Generación del 50, la de **Fernando Quiñones**, **Padorno**, **Luis Feria**... y Ricardo Defarges.

Ahora *Renacimiento* nos propone una antologia esencial -escogida por el propio autor- que recorre uno a uno los escalones de la poesía de Defarges. Incluye poemas de *La cima vieja*, uno de sus libros que marca el giro hacia la etapa final de su poética -interesantísima, iluminada de reflexión y en diálogo con la poesía simbolista, el cine y la mística castellana, en la mejor continuación -no mera repetición- del **Cernuda** moral de *La desolación de la quimera* y *Con las horas contadas*. Un contenido poema de Defarges dedicado a Cernuda nos devuelve ese estilo severo que tanto nos gusta: “El destino sus últimas palabras/ me las hizo llegar tras de su muerte (…) / aquella vida y obra,/ para el fin de mis días lamento y esperanza.” (“Luis Cernuda” p. 128).

La Antología recoge también versos del último libro de Defarges, *Muere al nacer el Día* (editado asimismo por Renacimiento en 2010) y unos pocos poemas posteriores a esa publicación.

El lector gozoso puede recorrer, gracias a esta Antología, la trayectora poética de Ricardo Defarges desde 1961 a 2011 (el último poema -"Ciudades perdidas"- está fechado el 17 de Enero de 2011). Un enjundioso recorrido, pues, que arranca con poemas de *El arbusto*, su primer libro -que fue accésit del Premio Adonáis en 1963- hasta *Muere al nacer el día*, más los poemas últimos que testimonian la "ruta" del poeta que se nos aleja (y se queda) con su canción....

Merece la pena leer atentamente la introducción que el autor hace de su Antología. Desde la altura de los años, subraya Defarges en su obra el tema de la soledad, sobre todo, en los libros de su primera época; nos dice que la comunicación poética interpersonal ha sido y es su impulso; reinvidica la soledad como vivencia de los poetas, si bien matiza que ese "predominio solitario" se le fue atenuado con el tiempo, para dar paso al impulso amoroso, y, en la etapa final de su poesía, a la inquietud por la inminencia de la muerte y a la reflexión sobre la decrepitud. Como en los poemas del último **Aleixandre**, la poesía dice desde lo humano esencial. Defarges vive enfermo en Madrid. "Acepto mi actual soledad. No temo a la muerte (¿cómo se puede temer a lo inevitable?). Y, mejor o peor, habré vivido".

Muy pocos libros como éste profundizan en el tema del *ars moriendi*, en la Sabiduría del límite. La poesía de Defarges no es apta para paladares anecdóticos, para gustos retroposmodernos. Reproducimos -por último- la primera parte del poema que da título al libro, unos versos de la etapa final.

"*Cuando llame la muerte a tu puerta, no debes permitir que se aleje con las manos vacías.*
Tu regalo debe ser, rebosante, la copa de tu vida.
Y los frutos y mieses que nos dejan los días del otoño, las noches del estío.
Prepáralo todo para ella, cuando llame a tu puerta."

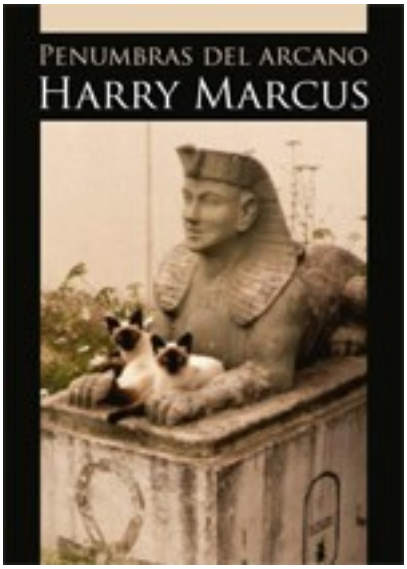
("Tres poemas", p. 157).

Fulgencio Martínez

ensayo

Penumbras del arcano
Harry Marcus
Círculo Rojo, Sevilla, 2011

PENUMBRAS DE ARCANO



Harry Marcus Hilgers es uno de esos autores mal aprovechados, dada su preparación y caudal humano, sin entrar en otros detalles y experiencias de interés en el amplio mundo, real e imaginado. Por su cercanía y sencillez, deja traslucir, a veces, al niño que fue durante la Segunda Guerra Mundial en Essen (Alemania), donde la mirada infantil, en una de sus vivencias imborrables, advertía el horror. También supo descubrir la belleza entre los cascotes de guerra: una "flor azul" desvalida reclamaba su cuidado, y él volvió un día y otro a proporcionarle agua. La persona, el autor sensible que apuntaría, años después, con el atractivo de alguien que guarda vida de dolor, junto a la inocencia de la búsqueda, del misterio que mitiga los avatares de la realidad.

Harry Marcus llegó a Murcia en la década de los 80. Unos años después, en 1993, se publicó *La granja de veletas*, que tuve el honor de presentar. Este libro había sido precedido por *El abismo de estrellas* y *Proyecciones*, entre otros libros y publicaciones, hasta llegar a *Penumbras del arcano*, de reciente aparición.

Ante mí se presentaba, desde el principio, un mundo sugerente y rico, atractivo en muchos de sus aspectos. Las idas y venidas de Harry a Bolivia (país de su infancia, donde la familia se trasladó desde Alemania después de la guerra) malograron la frecuencia de los encuentros, no el recuerdo de un ser que llegó hasta nosotros desde aquella "guerra del frío" y de tantas otras guerras, dispuesto, a pesar de ello, a contemplar la belleza e indagar en lo misterioso y posible.

Nos detenemos en *Penumbras del arcano*, una recopilación seleccionada de textos que no vamos a desvelar, porque el lector merece ir descubriendo, a través de la lectura, la hondura y esencialidad de sus páginas, incluso en temas aparentemente triviales. Digamos que, fundamentalmente, es un libro de búsqueda entrañada con la soledad del ser. Dicha búsqueda se ramifica en los diferentes aspectos y temas de la vida, dado que, como bien refiere Harry Marcus, "El camino ya es la meta", y en él somos uno y varios, tanto en la celebración como en el infortunio, sin desdeñar temas como "Los anticonsumistas" o "Magia y encanto de la música" que, sin duda, como cualquier texto de los recogidos en el libro, son expuestos por el autor desde un pensar y análisis interior. En el ya mencionado

“Los anticonsumistas”, nos dice el autor de «las necesidades superfluas», y añade en otro momento: «Ir superando el afán de posesión es uno de los ejercicios más importantes, porque al fin y al cabo, cualquier posesión material es esencialmente una simple ilusión transitoria». Recordemos las alusiones de Ignacio de Loyola referidas a “los apegos”, que tanto estorban en el camino.

“Las dimensiones del amor”, otro de los apartados, es un interesante modo de exponer un tema tan importante y complicado a la vez, que Marcus trata de despejar descartando interpretaciones al uso, tanto en el lenguaje como en la concepción del mismo. Así, nos dice el autor: “Los enamorados sienten que su amor enaltece, prolonga y enriquece su personalidad, de modo que cada cual percibe a su pareja como si fuese otro aspecto de sí mismo”. Son muchos los matices que el lector va a encontrar en este apartado, enriquecido por sus alusiones al budismo y al mundo Zen.

También recoge el libro apuntes sobre fenómenos paranormales que, sin duda, merecen atención, pero que no situaríamos en el núcleo central del conjunto, que trata mayormente de situaciones que afectan a la vida real, como es el citado tema del amor, y tantos otros que preocupan al ser humano como son “Vivir en casas antiguas y viejas”, “El mensaje de los nietos”, etc., sin olvidar la muerte y el mundo de los recuerdos, temas presentes en el libro anterior, *Vibraciones*, donde el fragmento de un poema dice así: «*Recuerda sin amargura / nuestro común destino: / nadie saldrá vivo / de este planeta. / Vive, goza y sufre / sin apegarte demasiado / al breve tiempo / ni al espacio / que tienes asignado…*». Es un dato que nos permitimos aportar, para abundar en esa intención de Marcus de hacer patente el ayer y de aceptar la vida sin apostar por los “apegos”, sino por cuanto pueda conceder en cada instante.

Luces y sombras se conjugan en *Penumbras del arcano*, a través de una escritura original y plena de hallazgos que Harry Marcus ha querido compartir con sus lectores, como beneficio de su ya probada generosidad.

Dionisia García

Narrativa

ASESINATOS PROFILÁCTICOS

Asesinatos profilácticos
VV.AA
Ediciones Irreverentes
Madrid, octubre de 2011

Asesinatos profilácticos es una de las apuestas que Ediciones Irreverentes presentaron al mundo editorial para este año recién comenzado, y tras leerla, estoy convencido de que es todo un acierto por parte de la pequeña editorial que dirige Miguel Ángel de Rus.

Una antología que contiene una brevísima joya literaria como es "Instrumento de justicia", de **Kalton Harold Bruhl**, y casi una obra maestra del suspense como es "Bruno", con un final tan inopinado y sorprendente que hará las delicias de cualquier lector al que le guste la novela negra, aderezada con ese fino humor que caracteriza al murciano **Jerónimo Tristant**e, autor del citado relato.

Pero no únicamente ellos. Ya **Santiago García Tirado**, editor literario de esta antología, nos recuerda en el prólogo que "todas las sociedades han sentido una fascinación por la sangre apenas disimulada", y aquí está bastante disimulada, con hermosos asesinatos, crímenes que logran recuperar el equilibrio del mundo, como podemos leer en la contraportada, todo un homenaje a la mejor narrativa negra con toques de escogidos autores y autoras como si de un homenaje a los mejores cocineros se tratase.

Veintiocho formas de asesinar, alguna vez, tan incruento, como en "Veinte años, un lago, un recuerdo", de **Miguel Ángel de Rus**, o tan mortífero y preciso como los de "El cirujano", de **Guillermo Orsi**. Veintiocho, sí, aunque el autor del prólogo quiera mantener un particular enigma cuando nos habla de estos "26 placeres inocentes, pese a su espantoso título".

Yo he pecado con ellos, y volveré a hacerlo.

Francisco Javier Illán Vivas

ESPEJOS Y OTRAS ORILLAS

Espejos y otras orillas
Pedro Pujante
Chiado editorial, 2011

Pedro Pujante se confiesa discípulo de Borges, de Cortázar, de Poe, de Chejov, de los grandes autores de cuentos de la literatura universal y considera, con ellos, que el relato es la forma más perfecta de narración, pues debe ser directo, contundente y eficaz. Él pretende retomar el testigo de la narrativa de Cortázar, dando su toque personal a las técnicas que el argentino ya utilizó en sus cuentos.

Y esas premisas ha querido dejar sentadas en su primer libro, Espejos y otras orillas, pero no sólo lo anterior, sino que como le gusta distorsionar la realidad, jugar con la fantasía, ha escogido el espejo como símbolo de lo dual, de la otredad, como le escuché durante la presentación del libro que nos ocupa en la Biblioteca Regional de Murcia.

El autor del prólogo, **Joaquín Piqueras**, ya nos lo adelanta: es un libro de relatos donde lo dual, el tema del doble, aparece muy a menudo, donde pasado y presente se mezclan hasta tal punto que muchas veces nos será difícil saber en qué tiempo nos encontramos; donde la vigilia y el sueño se confunden, donde la realidad y la ficción conviven, permitiendo que las obsesiones, o las locuras si se quiere, estén igualmente presentes entre los catorce relatos.

Alternancia de voces, narraciones paralelas, jugando con los lugares que de fantásticos puede que nos parezcan conocidos, pero el autor tensará un poco más el elástico de la ficción hasta el límite, donde sólo el buen degustador del cuento se sentirá a gusto, en ese confuso límite de la otredad, entre la niebla, dando lugar a cuentos tan bien directos, contundentes y eficaz como A la otra orilla, por poner un solo ejemplo.

Francisco Javier Illán Vivas

LA SUMA Y LA RESTA

La suma y la resta
Irene Jiménez
Páginas de Espuma 2011.

Sigo a Irene Jiménez desde sus primeros relatos a comienzos de la década del 2000, incluso tuve la suerte de presentar su anterior libro, Lugares comunes, y sólo cabe decir de ella que crece con cada propuesta. Ya me sorprendió su escritura profunda, y los temas que trataba en cada entrega, pero en este que hoy comentamos, *La suma y la resta*, Irene se supera a sí misma. El libro está compuesto por siete relatos que tienen nombre de mujer. En el anterior, *Lugares comunes*, los títulos de sus cuentos se referían al espacio. En el ajustado comentario que la editorial ha puesto en la contraportada, se califica a Irene, entre otras muchas cosas, de "certera narradora de la vida contemporánea", y creo que es justo que así se diga. Lo que sorprende de Irene es su actualidad, le preocupan sus contemporáneos, sus pequeños y grandes asuntos biográficos, su mundo interior y sus peripecias externas. Y todos resultan cercanos, creíbles.

Los relatos de Irene me recuerdan a Alice Munro o Lorrie Moore, relatos centrados en personajes que comparten un espacio vital, una atmósfera, una relación. Aquellos se ubican en Ontario o Norteamérica, los de Irene en la Europa actual, urbana, yo diría, pos-Erasmus.

Con un estilo directo y leve, funcional, despojado de elementos líricos, pero poblado de efectos de verdad, analiza los conflictos actuales, los miniconflictos actuales si quieren que les llamemos así. El amor se despoja de su drama y se torna líquido, fluyendo de un amante a otro sin grandes gestos, sutil, como si el movimiento del desamor se aceptase con naturalidad a las nuevas subjetividades que Irene retrata.

Y es de ahí, de este carácter fluido de lo que nos acontece, de donde Irene extrae el excelente título, *La suma y la resta*.

Irene Jiménez (Murcia, 1977)

"A Gloria le gustaba simplificarlo todo: le encantaba utilizar refranes en las situaciones adecuadas, y elaboraba teorías sencillas para que la gente que la rodeaba comprendiera al vuelo los secretos de la existencia. Una de sus teorías, por ejemplo, era la de la suma y la resta. A decir de Gloria, mucha gene entendía la vida como una resta, la de todo aquello que nunca iba a poder hacer. Pero la vida había que entenderla como la suma de lo que se había hecho, porque así el resultado no era equivalente, sino siempre superior". (pag. 80)

La mayoría de los protagonistas son jóvenes contemporáneos de Irene. Hay una gran presencia de los padres en estos relatos, una presencia que orienta sobre sus conductas y sus afectos. Irene parece creer en la determinación de lo familiar, en las teorías que nos construimos sobre el origen de nuestros caracteres, y que tan ligadas están a nuestras respectivas familias. Unos padres (la actriz madre de Rebeca, los padres muertos en un accidente de Nicolás, el padre difunto de Sesi), que aparecen a lo lejos, como si fuesen futuros personajes de otros relatos por venir, construyendo así una red tupida e infinita de relaciones.

La sutileza de Irene para observar la vida humana llena el libro de aciertos. Por ejemplo, Rebeca le confiesa a Celia que no creía que su madre hubiese sido amante de un amigo muerto.

> *" - Yo creo que aquello nunca llegó a suceder – le contestó Rebeca–. Porque mi madre se ha marchado deshecha al funeral. Me parece que si hubieran sido amantes sentiría cosas más ambiguas, y no ese dolor tan nítido"*. (pag. 87).

La mayoría de los personajes pertenecen a una clase social media alta, ilustrada, leída, excepto en Celia, donde la diferencia de clase está marcada intencionadamente y de la que se extraen observaciones interesantes.

La escritura de Irene Jiménez sigue a los personajes, que se dibujan nítidamente, amables y próximos, cálidos. También la estación del año es un elemento común al conjunto, todos transcurren en verano, desde junio a finales de agosto. Madrid sirve de marco a cuatro historias, Barcelona a una y Algeciras y Tarifa, un lugar que Irene conoce muy bien, a las otras dos. Pero, dirán ustedes, ¿porqué ese empeño en sacar los puntos comunes de estas siete historias? Porque el libro puede leerse como una novela. Porque la red que teje Irene, inteligente y verosímil, es la trama de una novela que tiene en cada uno de estos capítulos uno de sus protagonistas, entre algunos el hilo es poderoso, intenso, determinante, pero otros mucho más sutil, como el que relaciona el relato "Celia y Úrsula" , apenas una frase en ambos. Porque, como ya lo han adivinado, se trata de eso, de desdibujar la frontera entre los géneros, de interrogarla. Los cuentos se amplían unos a otros, se diseminan en sus vecinos, se multiplican las conexiones.

"Tana", el primero de ellos, resulta ser un cuento de iniciación donde creíamos que se trataba de relaciones de amistad entre adultos. El incipit apenas insinúa lo que viene a continuación, que aparece sorpresivamente como un acierto.

"Sí, Tana no tenía dudas. Estaba a punto de atravesar un modesto umbral hacia el mundo de los adultos". (pag. 20).

Atención a este modesto umbral, porque de aquí y de allá podemos ir extrayendo una poética. Cuentos que giran alrededor de acontecimientos modestos, pero decisivos, porque la vida de todos nosotros no gira alrededor de un secuestro, una pistola, un asesinato, una trama de espionaje. La vida se construye sobre nimiedades: la muerte del padre, una separación, el dolor de un amigo, una boda. Nimiedades cuya trascendencia se extiende al resto de nuestra existencia insidiosamente, sin alboroto.

El siguiente, "Carlota", se une al primero tangencialmente. No voy a revelarles cómo porque, tratándose de la primera vez que sucede, el descubrimiento es muy grato, una pequeña serendipity de la que no voy a privar a los futuros lectores.

Irene escribe con intuición y oficio. En "Ofelia", el relato comienza de manera aparentemente alejada del núcleo central. Pero, hay que decirlo, son cuentos que no tienen núcleo, cuentos posmodernos, que diría Lauro Zavala, sin trama y sin final, al gusto de Chéjov, en cuya línea genealógica ya situé a Irene en otra presentación.

Creo que *La suma y la resta* habla de la vida y de la muerte, de la suma y de la resta. O quizás era que no podía dejar de pensar en todas las cosas que, aunque siguiera viva, habían muerto en ella. En la cantidad enorme de cosas que morían todos los días, aunque la gente se olvidara de enterrarlas. (pag. 82).

Lean este libro, no es un libro común, contiene sabiduría y verdad sobre la vida, sobre nosotros.

Lola López Mondéjar

UT PICTURA

FOTOGRAFÍAS DE CAROLINA ILLÁN / 3